

VISITANTES DEL FUTURO

adam surray

CIENCIA FICCION

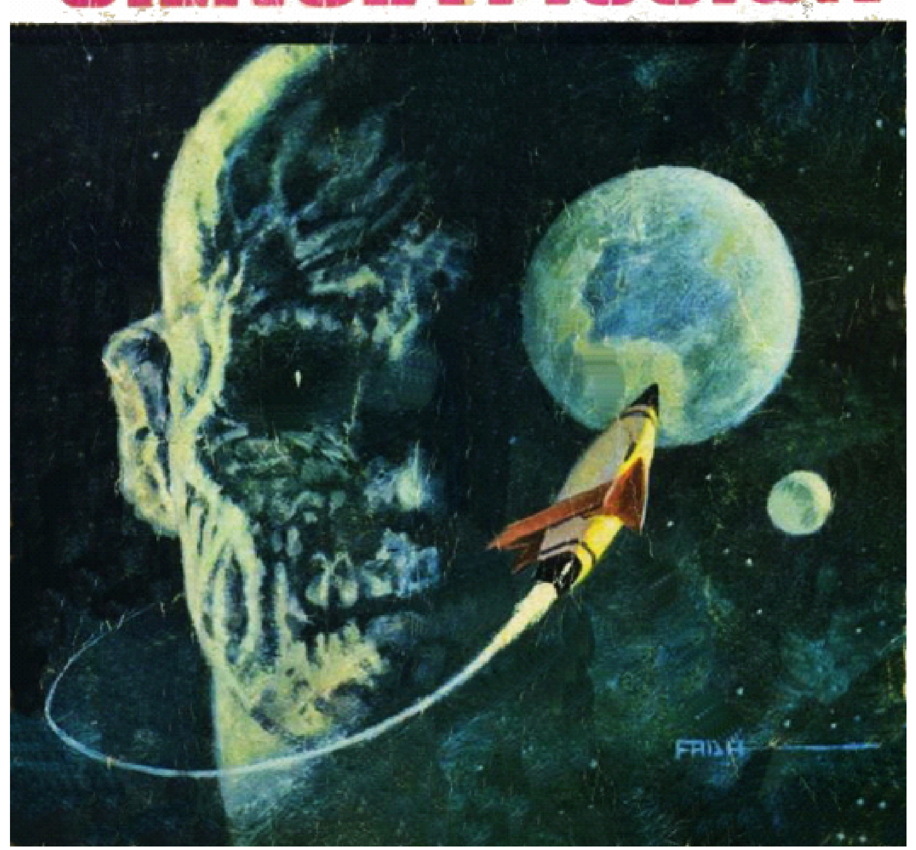
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

VISITANTES DEL FUTURO

adam surray

CIENCIA FICCION





eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

294 — Después de la muerte.— *Burton Hare.*

295 — Éxodo desde las tinieblas.— *Kelltom Mclntire*.

296 — ¡Yo, mono!.— *Glenn Parrish.*

297 — El árbol de la rebelión.— *Clark Carrados*.

298 — Esclavo del imperio.— *A. Thorkent.* **ADAM SURRAY**

VISITANTES

DEL FUTURO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 299

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 12.605 – 1976

Impreso en España — Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1976

Primera Parte

AÑO 2063

CAPITULO PRIMERO

El autocohete tomó tierra en el aeródromo subterráneo del D.I.M.

Sus tres ocupantes permanecieron inmóviles durante la operación de aterrizaje. Al igual que durante el vuelo. Todo estaba programado. En el punto de partida, el estado de Gran Virginia, los computadores de ruta dirigieron el autocohete hasta su destino.

Y sin el menor error, había llegado a la base emplazada en el desierto de Nevada. A la sede central del Departamento de Investigación Mundial.

La base podía considerarse una auténtica ciudad. Viviendas y toda clase de servicios para sus mil moradores, medios automáticos de transporte interior, zonas de recreo, jardines artificiales, superalmacenes... Todo ello encerrado bajo una gigantesca cúpula geodísica.

Los tres pasajeros descendieron por la escalera mecánica.

Un individuo joven había acudido a recibirles.

—Teniente Gish, de la sección X del D.I.M. Sígame, por favor...

Una de las plataformas deslizantes les condujo hasta los tubo-elevadores. Penetraron en la ciudad.

El teniente Gish accionó uno de los mandos.

Durante la ascensión, se dedicó a contemplar a sus acompañantes. Con indiferencia.

Dos hombres y uña mujer.

Los dos individuos, de edad aproximada a los treinta años, vestían discreto traje de polieton. Complexión análoga. Rostros inexpresivos. Carentes de toda emoción.

La mujer era más joven. De unos veinticinco años de edad. Facciones de serena belleza. Cabello corto. Su cuerpo era perfecto. Lucía modelo tripieza en aglutinado tejido de fibra «croims». Peto, falda y capa en un mismo tono. Botas ajustadas hasta la rodilla. Sus senos destacaban bajo la tela que se ceñía como una segunda piel. La cimbreante cintura al descubierto. La falda, reducida pieza, permitía admirar los largos y esbeltos muslos con generosidad.

Pese a todo aquello, los ojos del teniente Gish continuaron indiferentes a la belleza femenina.

Muy lógico.

Hacía apenas una semana que había tomado, al igual que el resto de sus compañeros, las correspondientes dosis reglamentarias para regular los diferentes estados psicobiológicos.

De ahí que la escultural mujer no despertara en él ningún entusiasmo.

El tubo-elevador se detuvo en la planta ocho.

La denominada Sección X.

Recorrieron un largo pasillo hasta detenerse frente a una puerta de guillotina. Esta se alzó automáticamente dando paso a una sala de paredes abovedadas. Junto a los escasos muebles de material esotérico, se veían complicados aparatos técnicos, pantallas telescópicas de diferentes tamaños, amplificadores de imagen, osciladores, sintonizadores de alcance ilimitado...

Un hombre se hallaba en el centro de la estancia.

Su rostro era popular en toda Uniamérica. Reproducido por todos los medios de comunicación.

Jeff Bridges. Ilustre historiador y matemático del Departamento de Investigación Mundial.

—Puede retirarse, teniente.

La voz de Jeff Bridges sonó lenta y pausada.

El teniente Gish, tras militar inclinación de cabeza, abandonó la amplia sala.

—¿Han disfrutado de un buen viaje? —inquirió Jeff Bridges a la vez que con un ademán indicaba a los recién llegados que tomaran asiento.

—Perfecto, señor —respondió uno de los individuos.

Jeff Bridges se acomodó tras una semicircular mesa, plagada de mandos y planchas iridiscentes.

Sonrió a la mujer.

—¿Me permite su ficha de identidad? Es una rutinaria medida de seguridad...

—Por supuesto.

La mujer le tendió una circular cartulina perforada.

Jeff Bridges la introdujo en una de las ranuras existentes en el panel. Tras un breve teclear surgió por otro conducto adherida a una cartulina rectangular.

Bridges leyó con voz carente de inflexión:

—Kyra Carlis, nacida en Gran Virginia el 2 de octubre del año 2040, licenciada en Parapsicología... Su actual trabajo en el Instituto de Metapsíquica es brillante, Carlis.

—Gracias, señor.

Jeff Bridges extendió su diestra hacia uno de los individuos para tomar la ficha perforada que ya tenía entre sus manos.

Siguió igual procedimiento.

—Scott Groom, fecha de nacimiento el 7 de mayo de 2031, en Gran Virginia, experto en Criminología e inspector del Interstate Pólice... Celebro que aceptara mi llamada, Groom.

—Es un honor, señor.

Una última ficha fue introducida en la computadora.

Por tercera vez la voz de Bridges:

—James Hershey, lugar de nacimiento en Gran Virginia, año 2033, profesor de historia en Virginia City, investigador en el Archivo Mundial, becado por el Museo Intergaláctico de Gran Virginia...

James Hershey sonrió, cordial.

—Creí que ya tenía estudiado nuestro historial, doctor Bridges.

—Cierto, amigo Hershey —repicó el matemático, correspondiendo a la sonrisa—. La denominada «Operación Retorno-7» se lleva preparando durante más de un año. Del superordenador me fueron seleccionadas un centenar de fichas. Por eliminación quedaron ustedes tres. Los más capacitados para la misión. Del D.I.M. de Gran Virginia ya me han informado que superaron las diferentes pruebas satisfactoriamente y están preparados

para el... el gran viaje.

—Así es, doctor Bridges —corroboró Kyra Carlis—. ¿Cuándo se realizará?

—La eterna curiosidad femenina...

Los gordezuelos labios de la mujer esbozaron una sonrisa.

—Hemos estado en cuarentena una larga temporada. Los tres deseamos partir cuanto antes.

—¿Ya han sido inyectados?

—Esta mañana —intervino Scott Groom—. Poco antes de subir al autocohete.

Jeff Bridges se incorporó.

El asiento que le sostuvo desapareció en tierra, acoplándose al recuadro del que había salido. La placa del piso se deslizó, ocultándolo.

—Bien... Voy a hacer una breve sinopsis de su misión. La Sección X del Departamento Investigación Mundial centra actualmente sus estudios en los enigmas del pasado. Descubriendo éstos, nos conoceremos mejor nosotros mismos. Uno de los acontecimientos que más influyó en la historia fue el magnicidio de Dallas. El asesinato de un presidente en los antaños conocidos EE. UU. Su nombre era John Fitzgerald Kennedy. En el siglo XX. Muerto el día 22 de noviembre del año 1963. Los datos que conocemos señalan a un tal Lee Harvey Oswald como único culpable; pero con una serie posterior de sucesos que parecen indicar lo contrario. Se investigó el magnicidio, redactándose un informe denominado Warren. Muy criticado. Jamás se descubrió la verdad. La muerte del presidente Kennedy derivó en otros trágicos sucesos. Martin Luther King, Robert Kennedy, Vietnam, Camboya, la revuelta de Kent State, el asesinato de Malcolm X, el escándalo del Watergate... Todo originado por la caída de Kennedy. Ustedes han estudiado todo ese capítulo de la historia. ¿Actuó solo Oswald? ¿Fue un complot? ¿Quién ordenó el magnicidio?...

—Todo eso consta en los archivos...

—No figura toda la verdad, Hershey. Se sospecha que la denominada comisión Warren no investigó a fondo. Tal vez años más tarde se descubriera a los verdaderos culpables o se confirmó la exclusiva culpabilidad de Oswald. Lo ignoramos. El cataclismo padecido en el año 2001 no sólo arrasó ciudades. Se llevó también

valiosas pruebas y documentos de nuestra historia. Tratamos de recompensar los destruidos archivos, merced al Teleretractor.

—La máquina del tiempo…

Bridges sonrió.

—Correcto, Kyra. Así se denomina vulgarmente al «Teleretractor». Ya se han realizado seis incursiones al pasado. Con éxito total. La misión de ustedes es descubrir quién ordenó eliminar al presidente John F. Kennedy. Y para ello serán teletransportados al siglo XX. Al mes de noviembre del año 1963. Emprenderán el… viaje esta misma noche.

CAPITULO II

Tres valijas metálicas y precintadas estaban sobre la longitudinal mesa.

Jeff Bridges las contempló superficialmente.

—¿El equipaje?

—Sí, doctor —respondió James Hershey—. Nos hemos abastecido en el almacén del D.I.M. de Gran Virginia. Supervisados por el doctor McMurray. Si quiere comprobar el contenido...

—No es necesario. Les considero suficientemente capacitados para saber qué deben llevar y lo que les resultará más útil. Confío plenamente en ustedes. Lo han demostrado durante la cuarentena a que han sido sometidos. Son conscientes de la misión y de lo que deben hacer. Nada de violencia o el darse a conocer. Sembrarían el terror a nuestros antepasados y, por supuesto, nadie les daría crédito. Juegan con ventaja. Conocen el lugar y el día. Deben limitarse a seguir los pasos de Lee Harvey Oswald en los días precedentes al magnicidio. Investigarlo. Conocer sus contactos. Descubrir si obedece órdenes o actúa solo.

—¿Por qué no impedir que dispare?

La pregunta fue formulada por Scott Groom.

Hizo sonreír a Jeff Bridges.

Al igual que a Kyra Curtis y James Hershey.

—Usted es un experto en criminología, Groom. Sería un magnífico detective privado... si en la actualidad existiera vida privada. Será un valioso elemento en el año 1963. De ahí que haya sido seleccionado. Su pregunta es la de un profano. No existe posibilidad de forzar el curso de los acontecimientos, de alterar lo ya preordenado... En otros viajes de «Operación Retorno» se intentó. Con trágicos y lamentables resultados. El tiempo es estático. Solamente nosotros somos los que nos movemos. Retornar al pasado es contemplarlo tal y como está, tal y como fue...

—No acabo de comprenderlo. . Jeff Bridges volvió á sonreír.

—Muy lógico, Groom. Incluso para mí existen muchos puntos

oscuros en el *continuum* espacio-tiempo. No le importe. La misión no es alterar nada de lo ocurrido; sino descubrir cómo se originó el suceso. Puede que consideren absurdo ahora en pleno siglo XXI, investigar quién asesinó á un presidente de los viejos Estados Unidos, allá en 1963; pero conocer todos los detalles de nuestra propia historia es básico. Fundamental. Conociendo los errores se evita el caer en ellos. Tampoco creen que la «Operación Retorno-7» es de menor importancia. que sus antecesoras. Todas son de vital interés para el D.I.M.

—Sí, señor.

—Bien… ¿Ya están preparados?

Jeff Bridges retrocedió unos pasos.

No pudo evitar el esbozo de una sonrisa.

Scott Groom y James Hershey vestían traje de tosca tela, camisa con botones delanteros, corbata, zapatos de cordón…

Vestimenta arcaica.

Al igual que el vestido de Kyra Carlis; aunque en ella el efecto no resultaba tan negativo. Continuaba seductora con aquel largo modelo, sus piernas enfundadas en medias de Nylon y zapatos de alto tacón toscamente construidos.

—Perfecto.

—Un poco incómodo —rió Scott Groom, aflojando el nudo de la corbata—. ¿De dónde sacó esta ropa?

—Ha sido confeccionada siguiendo modelos de archivo. Es la moda en el año 1963. La tela, hoy rudimentaria, la hemos construido con suma facilidad. ¿Llevan todo? Pasaporte, dinero, cédula de identidad… No se inquieten. Sus documentos están falsificados a toda prueba. Ni el más avanzado laboratorio del año 1963 lo descubriría. Figuran sus nombres. Así evitan todo error. Por la inyección suministrada esta mañana, están al corriente de los acontecimientos más sobresalientes del siglo XX. Hasta el año 1963. Con ello podrán deambular por las calles de Dallas, sin temor a parecer desplazados, mantendrán conversaciones con los de la época, sin titubeos… ¿Puede mencionarme algún suceso importante en aquel tiempo, Groom?

—Pues… en 1962 Floyd Patterson deja su título de campeón mundial de los pesados, siendo reemplazado por Sonny Liston.

Todos rieron.

Algo nerviosamente.

El momento se aproximaba.

Jeff Bridges entrelazó los dedos de sus manos.

—Correcto… Creo que todo está correcto… Conocen la misión y están preparados para ella. Recuerdan mi advertencia. Procuren pasar desapercibidos y no alterar lo ya acontecido. Sería muy lamentable para ustedes. No puedo decirles nada más. Llevan consigo el «disco de llamada». Deben conservarlo a toda costa. Sin él es imposible rescatarles. Quedarían para siempre en el pasado. Deben accionarlo una vez concluida la misión. En el «Teleretractor» se recibirá la llamada y procederemos al retorno. Algún día, espero que no muy lejano, el «Teleretractor» podrá rescatar a sus viajeros del tiempo, sin necesidad de esa especie de cordón umbilical que es el «disco de llamada». Procuren manipularlo en zona despoblada. En una explanada lejos de la ciudad y…

Bridges se interrumpió unos segundos.

Sonrió.

—Ruego disculpen. De todo esto ya han sido informados y preparados. Llevan tres discos, aunque con uno solo es suficiente para el proceso de retorno. Es una medida de seguridad para casos de avería, rotura o perdida. Incluso Kyra Carlis, con sus extraordinarios poderes de retrocógnición, podría sustituir a los «discos de llamada»; pero es una posibilidad remota que deseo no lleven a efecto. ¿Alguna pregunta?

Kyra Carlis, Scott Groom y James Hershey se miraron entre sí.

Ninguno habló.

—Tomen sus respectivas valijas —ordenó Jeff Bridges—. En la cámara de teleretracción ya todo está preparado.

* * *

Cámara de teleretracción.

Perfeccionada en el año 2045.

Los físicos nucleares iniciaron sus estudios centrándose en los «taquiones». Las partículas atómicas que viajan más aprisa que la luz y, por consiguiente, se mueven al revés del tiempo.

Un viejo postulado.

«Todo objeto que supere la velocidad de la luz viaja hacia atrás en el tiempo.»

Los primeros balbuceos por crear una máquina del tiempo habían sido superados. Allí estaba la cámara de teleretracción para confirmarlo. Al igual que las seis «Operaciones Retorno» llevadas a cabo con rotundo éxito.

Kyra Carlis, James Hershey y Scott Groom habían sido introducidos en los cilindros de lanzamiento.

El doctor Bridges y otros científicos de la Sección X manipulaban en los complicados mandos. En las coordenadas espacio-tiempo. Debían aproximarse al máximo a aquel 22 de noviembre del año 1963.

Todo dispuesto.

Aquellos tres viajeros del tiempo se verían envueltos en la «sonda cósmica», cruzando el espacio espiral que la Tierra ha recorrido en determinado número de años.

Cien años…

Sí.

Resultaba curioso.

Año 2063.

En el centenario de la muerte del presidente de los EE. UU. John F. Kennedy, tres seres del siglo XXI iban a presenciar su asesinato.

Todo dispuesto.

Esperando órdenes.

Jeff Bridges asintió con un movimiento de cabeza a la interrogadora mirada de sus ayudantes.

Se inició el proceso.

Los distintos mandos se accionaron.

Las tres cámaras cilíndricas se vieron bañadas por un cono de luz opalescente. Kyra Carlis, Scott Groom y James Hershey se tornaron cegadoras figuras iridiscentes. Paulatinamente se fueron haciendo hialinas. Hasta desaparecer por completo.

Ya habían emprendido su viaje hacia el pasado.

Con su correspondiente equipaje.

Turistas del futuro.

Jeff Bridges, desde el panel central de mandos, sonrió a sus colaboradores.

Todo había salido bien.

Una vez más.

La «Operación Retorno-7» se había iniciado.

Ahora sólo restaba esperar.

Una angustiosa espera hasta recibir la señal del «disco de llamada». Sin ella, nada podían hacer. Era preciso recibirla para proceder al rescate de los viajeros del tiempo. En caso contrario…, quedarían para siempre atrapados en el siglo XX.

Súbitamente, resonó el estridente ulular de la sirena exterior de emergencia. La señal de alarma se iluminó en la cámara de teleretracción. Una voz llegó por los altavoces de emergencia.

—Sección X… Sección X… Suspendan de inmediato

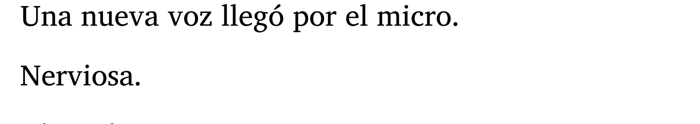
«Operación Retorno-7»… Repito… Suspendan de inmediato «Operación Retorno-7»…

El propio doctor Bridges se incorporó, acudiendo al esférico panel telefónico de seguridad. Pulsó uno de los botones.

—Seguridad… Habla Bridges… ¿Qué ocurre? ¿Quién cursa la orden por los altavoces de emergencia?

Le respondieron al instante.

—Llega directamente de la Central de Defensa de Uniamérica, doctor Bridges. Creo que… Un momento, señor… Desean comunicarse con usted…



Una nueva voz llegó por el micro.

Nerviosa.

Alterada.

—Doctor Bridges… Le habla el superintendente de la Central de Defensa… Interrumpa de inmediato la «Operación Retorno-7».

—Imposible, señor. Ya se ha llevado a cabo.

—Cielos… Embarco ahora mismo para entrevistarme con usted, Bridges.

—¿Qué ocurre, señor?

La nerviosa voz se tornó tensa y grave.

—Esos tres… eran impostores, doctor Bridges. Tres «furtivos». De los catalogados en el grupo «NR-1».

Jeff Bridges retrocedió instintivamente.

Pálido como un cadáver.

Grupo «NR-1»…

Había encomendado la misión. «Operación Retorno-7» a tres asesinos en potencia.

CAPITULO III

En la sociedad del 2063 no existía vida privada. Se ejercía un poder abusivo sobre los individuos sujetos al Gobierno y a los poderes privados. Cultura pragmática. Opulencia y ocio creciente. Megápolis. Utilización cotidiana de los *lasers* y *masers* tanto para fines pacíficos como bélicos.

Al individuo se le dominaba mediante el control de sus instintos y necesidades. Se les protegía, a los privilegiados, de las imperfecciones congénitas y hereditarias, se suministraba una inteligencia artificial, carecían de enfermedades…; pero no todo eran ventajas.

Se carecía de libertad.

El control genético e influencia sobre la «constitución base» del individuo era total. Infinidad de obligados medicamentos minaban su personalidad y regulaban sus distintos estados psico-biológicos.

Algunos escapaban de ese alto control supremo.

Eran los denominados «furtivos».

Catalogados en diferentes grupos.

Los inofensivos, que únicamente deseaban vivir su propia existencia, dejarse llevar por sus naturales instintos sin más control que el impuesto por la dignidad humana, sin someterse a los medicamentos que señalaban un período para el amor, para la relajación, para la vitalidad, para el trabajo…

Las diferentes escalas de «furtivos» alcanzaban su cota más grave en los «no recuperables». Aquellos que, una vez capturados, era preciso recluir en centros psico-penitenciarios. Y dentro del grupo de los «NR» estaban los señalizados con el número «1».

Los «NR-1».

Peligrosos.

Asesinos, ladrones, violadores…

Todos aquellos que permanecían al margen de los «medicamentos-control» y de cualquier otra disciplina impuesta por el Gobierno.

Seres demoníacos, que empleaban sus conocimientos al servicio del mal. Marginados. Conviviendo clandestinamente con otros «furtivos». Sin ley. Realizando toda clase de atropellos contra el sistema establecido.

Los «NR-1» que caían en poder de los miembros de la Central de Defensa, eran de inmediato conducidos al «Depósito de Órganos». Y allí, sin más trámite, se procedía a la disección de sus cuerpos. Sus órganos eran utilizados para posteriores trasplantes.

«No Recuperables-1».

Extremadamente peligrosos.

Y tres de ellos...

—¿Cómo pudo ocurrir, Katzin? —inquirió el doctor Bridges, con ronca voz—. No puedo creerlo...

—Soy yo quien le formulo la pregunta, doctor. ¿Por qué no comprobó la identidad?

Jeff Bridges no se intimidó.

Incluso reaccionó con ira a la velada acusación del superintendente de la Central de Defensa de Uniamérica:

—¡Fue mi primer acto! Solicité las fichas de identificación y las introduje en la computadora. La respuesta coincidió con la de los tres seleccionados. Kyra Carlis, Scott Groom y James Hershey. ¿Cómo iba a sospechar una suplantación? Llegaron en el autocohete fletado y controlado desde el D.I.M. de Gran Virginia, con las correspondientes fichas de identidad, sus rostros...

Katzin alzó ambas manos.

Interrumpiendo a Bridges.

—De acuerdo, doctor, de acuerdo... No le culpo de nada. De no ser por la denuncia de la sección de Almacén General, jamás hubiéramos descubierto la suplantación.

—¿Qué denuncia?

Katzin se reclinó en el ondulante sillón.

Entornó los ojos.

—Comenzaré por el principio, doctor. El super-ordenador

seleccionó tres nombres para la «Operación Retorno-7». Los más idóneos y capacitados. Fieles y controlados por nuestro sistema. Kyra Carlis, James Hershey y Scott Groom. Por supuesto, aceptaron la misión. Nadie se niega a una orden» del Gobierno. Los tres pertenecían al control de Gran Virginia. Allí fueron entrenados durante meses. Intensamente. Esta mañana, una hora antes del proyectado vuelo al D.I.M. de Nevada, acudieron al Almacén General.

—Supervisados por el doctor McMurray.

Katzin denegó con un movimiento de cabeza:

—Error. El doctor McMurray sólo selló y autorizó la entrega en el Almacén General. La lista que llevaban era correcta. Píldoras para todo tipo de emergencias, aparatos técnicos que les ayudarían en la misión...; pero de allí sacaron algo muy diferente. Fue como si se tratara de una acción bélica o de represalia. Pistolas insensibilizadoras, automáticas «Karlxs» de rayos desintegradores, tres atomizadores portátiles, un surtido de pulverizadores bacteriológicos, medicamentos control... y una larga relación de artefactos peligrosos.

—¡Oh, no!...

Katzin hizo caso omiso a la exclamación del doctor.

Prosiguió:

—Los supuestos Kyra Carlis, James Hershey y Scott Groom pasaron después a la pista de despegue. Allí les esperaba el doctor McMurray que, como última medida del programa, les inyectó una dosis de «Memorium-HB», con la cual adquirían amplios conocimientos relacionados con el siglo XX. El autocohete despegó hacia aquí. Y usted realizó la «Operación Retorno-7».

—Fueron sometidos a identificación, Katzin. Sus fichas perforadas coincidieron. No fueron rechazadas.

—Permítame continuar, doctor. Cuando el ordenador indicó lo sustraído del Almacén General, se dio aviso al doctor McMurray. Y éste a la Central de Defensa. Sorprendía la conducta de los tres seleccionados. ¿Por qué llevarse semejante material a una misión pacífica? Acudimos al refugio donde se realizó la cuarentena. Los miembros de la Central de Defensa portaban detectores KST y los antimateria. Se descubrió la verdad. Los verdaderos Kyra Carlis, James Hershey y Scott Groom habían sido desintegrados. Por las huellas encontradas se reconstruyó la identidad de los asesinos. Tres «furtivos» que, por pertenecer al grupo «NR-1», ni tan siquiera poseían filiación.

En la Central de Defensa están fichados con las siglas NR-1-9283, NR-1-7465 y NR-1-3847. Este último corresponde a la mujer. Más peligrosa que los dos individuos que la acompañan.

—Pero... ¿cómo lograron burlar la vigilancia y al propio doctor McMurray?

—Sin duda; sometieron a Carlis, Groom y Hershey a cualquier droga de la verdad. Conocido el proyecto, decidieron suplantarles. La suerte les acompañaba. Eran de edad semejante. Antes de eliminarles, y por mediación de la plástica artificial, cambiaron sus facciones hasta parecerse a los tres seleccionados. Pasaron al Almacén General, a la pista donde esperaba el autocohete y después aquí. Deseosos de ser proyectados al pasado, cuanto antes.

—No... no comprendo... ¿por qué ese interés?

Katzin rió en seca carcajada.

Agriamente.

—Los furtivos «NR-1» no tienen en Uniamérica un segundo de reposo. Son continuamente perseguidos y aniquilados. Quedan ya muy pocos. NR-1-9283, NR-1-7465 y NR-1-3847 lograron siempre burlar a los miembros de la Central de Defensa; pero eran conscientes de que la situación no se prolongaría indefinidamente. Demasiada suerte habían tenido ya. Eran inteligentes. Una inteligencia natural, con instintos primarios jamás sometidos a control. Tres demoníacos salvajes que se sabían acorralados. Casualmente atacaron el refugio donde se hallaban Carlis, Groom y Hershey. Al conocer tan fantástico proyecto, decidieron suplantarles. ¿Por qué? ¿Les imagina en el año 1963, portadores de tan destructivas y fabulosas armas? ¿Con sus conocimientos? Pueden adueñarse de los entonces denominados EE. UU.

Jeff Bridges movió la cabeza.

Negativamente.

—No podrán adaptarse... Son de otra civilización... Allá se encontrarán desplazados...

—Eso ocurriría con cualquiera de nosotros. Con cualquier individuo «controlado», cuya mente esté regulada por el Gobierno. Esos tres «NR-1» son diferentes. Saben que aquí les esperaba la muerte. Allá, en el pasado, pueden convertirse en dioses.

—Es horrible... ¿Qué podemos hacer, Katzin?

—Le he formulado esa pregunta apenas llegar, doctor. Y su respuesta fue decepcionante. Nada se puede hacer. Imposible interrumpir el proceso o cambiar las coordenadas espacio-tiempo. Hubiera sido una magnífica jugada desviar el rumbo y precipitarles en la prehistoria. Pero nada de eso se puede hacer, ¿no es cierto?

—En efecto... Posiblemente estén ya en el siglo XX.

—¿Y obligarles a regresar? Por cualquier procedimiento. Sin importar sus miserables vidas.

—Negativo. Sólo ellos, mediante el «disco de llamada», pueden solicitar el regreso.

Katzin volvió a reír con amargo sarcasmo.

—Eso jamás lo harán. El siglo XX será un paraíso para ellos. Por supuesto que olvidarán la misión. A ellos les importará muy poco todo lo concerniente al' asesinato del presidente John F. Kennedy. Sin duda, intentarán sacar provecho de sus conocimientos. Siento escalofríos al imaginar lo que pueden hacer...

El doctor Mridges no hizo ningún comentario. Incapaz de articular palabra.

Sólo, al igual que Katzin, experimentó una sensación de angustia. Sí.

Imaginar lo que aquellos tres demoníacos seres eran capaces de hacer, producía escalofríos.

Segunda Parte

AÑO 1963

CAPITULO IV

Donald Hawks manipuló nerviosamente en el tocadiscos. El *long-play* comenzó a girar. La voz de Sinatra. Iniciando con su romántico *Night and day*.

Hawks sonrió al retornar junto a la muchacha.

Todo perfecto.

Luz tenue en el confortable salón, una dulce melodía, champaña... y la seguridad de que nadie iba a importunarles. Había resultado muy laborioso el convencer a Judy de acompañarle hasta su refugio de las montañas.

«Un trabajo urgente.»

Y la paloma se dejó cazar .

Judy Wood. Veinte años de edad. Con algunas pecas aún en su rostro, que la hacían más deseable. Con un cuerpo de mórbidas curvas.

Donald Hawks tragó saliva.

Aquélla era su mejor conquista.

Y Hawks, conocido entre sus jóvenes empleadas por «Pulpo» Donald, era un buen cazador. Desde su privilegiada posición de vicepresidente de la Wise Company, muy pocas piezas dejaba escapar. Muchas empleadas habían hecho horas extraordinarias en aquel refugio de la montaña.

Una bonita casa de campo, a pocas millas de Dallas. En una desviación de la autopista que conducía a Fort Worth. Un refugio que Donald Hawks mantenía en secreto. Con extremada prudencia. Era preciso para poder conservar su puesto en la Wise Company. Inconvenientes de estar casado con una mujer que controlaba el noventa por ciento de las acciones de la compañía.

Una mujer de cincuenta y cuatro años de edad. Rostro graciosamente moteado de verrugas, sedoso cabello teñido para ocultar las canas, ojos de un intenso brillo de miope...

Sí.

Una ruina.

Así era la mujer de Donald Hawks, pero todo aquello se compensaba con su inmensa fortuna. Si Hawks disfrutan de tan alto cargo en la Wise Company era por mediación de su esposa. Con la misma facilidad que había adquirido el puesto de vicepresidente, podía bajar de él. Una sola palabra de su mujer... y Donald Hawks pasaba de vicepresidente a vulgar ordenanza.

De ahí que tomara precauciones.

Nadie conocía su refugio dé la montaña.

—Señor Hawks...

Donald Hawks consiguió descorchar la botella de champaña.

—¿Sí, nena?

—Con tan poca luz, no sé si podré taquigrafiar sus dictados...

Hawks entornó los ojos.

En sus treinta y cinco años de existencia, jamás había topado con una muchacha tan ingenua y encantadora.

Se acomodó junto a ella en el largo sofá.

Portando las dos copas de champaña.

—Ya hablaremos de eso, Judy. Ahora, un poco de champaña, ¿eh? Reserva especial. Con muchos años en su haber.

—¿Sí?... En el supermercado de mi barrio se lo hubieran vendido más fresco. Allí no engañan a nadie. Toda la mercancía es reciente.

Hawks parpadeó.

Por un instante sospechó que la joven se burlaba de él.

Sonrió.

Imposible.

Judy rezumaba candor e inocencia.

—Adelante, Judy. Por tu brillante futuro en la Wise Company.

—Apenas llevo una semana en la compañía, Señor Hawks —sonrió Judy con tímido mohín—, Soy una simple mecanógrafa, aunque espero, antes de un año, ascender a ayudante de secretaria.

Hawks no pudo reprimir un destello en los ojos.

Había llegado al punto deseado.

—Todo depende de ti, Judy. Antes de un mes, puedes alcanzar el puesto de secretaria particular.

—No se burle, señor Hawks...

Donald Hawks le arrebató la copa de champaña, depositándola sobre la cercana mesa.—No es una burla, nena —dijo Hawks con ronca voz—. Todo depende de ti... Sólo de ti... ¿te gustaría ser mi secretaria particular?

El brazo derecho de Donald Hawks rodeaba ya los hombros femeninos.

Judy rió, divertida.

—¡Su secretaria particular!... ¿Qué me dice de la señorita Ursula? Lleva ocho años desempeñando el puesto a la perfección.

Hawks arrugó instintivamente la nariz.

La señorita Ursula. Compañera de infancia de su mujer. Impuesta en el cargo por ella. Una sosias de las brujas de cuentos de hadas.

—Olvidemos ahora a Ursula... Yo puedo ayudarte mucho en la Wise Company, Judy.

—¿Qué debo hacer, señor Hawks?

Donald Hawks abarcaba ya la cintura de la muchacha.

Atrayéndola contra sí.

—Empieza por llamarme Donald.

—Sí, Donald.

—Ahora un beso...

—Sí, Donald.

Judy, con una inocencia que resultaba muy sospechosa, le echó los brazos al cuello.

La habitación en penumbra.

Sinatra y su melódica voz.

Champaña…

Todo lo necesario para una romántica situación; pero Donald Hawks ya se había olvidado de lo superfluo. Tenía muy poco de romántico. Lo demostró besando brutalmente a la muchacha.

Pero algo interrumpió su desenfrenada pasión.

Fue como un relámpago.

La tenue oscuridad del salón se vio contrastada por una cegadora claridad. Todos los rincones de la casa quedaron envueltos por la nívea luz. Como el destello de una lámpara de cadmio de millones de watios. Cesó, retornando el salón a su primitiva penumbra.

Donald Hawks y Judy Wood, que se habían separado, sobresaltados, se miraron a los ojos.

Perplejos.

La muchacha estaba algo pálida.

—¿Qué… qué ha sido eso?

—No lo sé… En un principio creí que se trataba de los faros de un coche; pero no se escuchó el menor ruido.

—La luz fue demasiado potente para proceder de un coche. Fue como la claridad de un radiante día de sol…

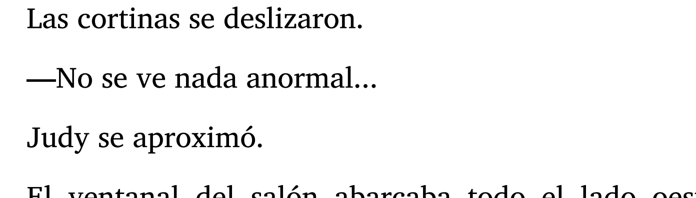
Donald Hawks se había incorporado del sofá.

Acudió al ventanal.

—Las cortinas son gruesas. Imposible que la luz llegara del exterior, y sin embargo… tuvo que ser así. Posiblemente un fuerte relámpago.

—No… demasiado cegadora la luz… Iluminó toda la casa.

Donald Hawks tiró del cordón.



Las cortinas se deslizaron.

—No se ve nada anormal...

Judy se aproximó.

El ventanal del salón abarcaba todo el lado oeste. La piscina, parte del jardín y el garaje.

La oscuridad de la noche era total. Sin parpadear de estrellas y con la luna oculta.

También el silencio era absoluto.

Incluso los grillos habían enmudecido en su sempiterno canto.

—Voy a salir. Echaré un vistazo por los alrededores. Esa luz tuvo que llegar de algún lugar.

—Iré contigo —murmuró Judy en un susurro—. No quiero quedarme sola en la casa.

Donald Hawks accionó el interruptor iluminando adecuadamente el salón.

Y fue entonces cuando los descubrieron.

Surgidos como fantasmas.

Bajo el umbral.

Dos hombres y una mujer.

Cada uno de ellos portaba en su diestra una metálica maleta.

* * *

Donald Hawks se esforzó en dar firmeza a su voz.

No lo consiguió.

—¿Quiénes son ustedes?... ¿Cómo han logrado entrar en la casa? ¿Qué quieren?

La mujer sonrió a sus dos acompañantes.

—¿Qué les respondemos?

—No les diremos la verdad, Kyra —replicó uno de los individuos—. La impresión sería demasiado fuerte.

—¿Kyra? ¿Vamos a adoptar los nombres que…?

—Por supuesto. Son los que figuran en nuestros pasaportes —rió Scott Groom—. Kyra Carlis, James Hershey y Scott Groom. Recién llegados del…

—¡Salgan de inmediato de mi casa! —gritó Hawks, acumulando valor—. ¡De lo contrario!…

Donald Hawks recordó, de súbito, la pistola que guardaba en uno dé los cajones del mueble biblioteca.

No lo dudó.

Se precipitó hacia el mueble.

No fue lo suficientemente rápido.

James Hershey pareció leer sus pensamientos. Le cerró el paso a la vez que alzaba su mano izquierda. La descargó tras la oreja derecha de Donald Hawks. Con suavidad. Sin violencia.

Pero Donald Hawks se desplomó con los ojos estrábicos.

Sin un solo gemido.

Quedó inmóvil.

Sin vida.

Judy Wood, con estridente grito de terror, corrió hacia la puerta de salida.

James Hershey y Scott Groom no se, lo impidieron. Se limitaron a seguirla con turbia mirada.

—Una belleza… Una primitiva diosa…

—Sí, Scott… cierto —corroboró James Hershey con gutural voz—. ¿Cómo lo decidimos?

Las facciones de Scott Groom reflejaron una satánica mueca.

James, con su desaforada carcajada, rompió el silencio de la noche.

La puerta del. garaje estaba abierta.

Judy Wood ya se había introducido en el «Ford». Una y otra vez, desesperadamente, hacía girar la llave de contacto, pero el auto no respondía. El motor seguía silencioso.

Se abrió la otra portezuela.

De nuevo las diabólicas risas de James Hershey atronaron en el reducido barracón.

—Ya estoy aquí, pequeña diosa…

Judy quiso salir del vehículo, pero ahora sí fue atrapada.

Cuando Judy alzó de nuevo los párpados, transcurrido un tiempo que le fue imposible precisar, creyó haber vivido una horripilante pesadilla.

Pero todo era real.

Frente a ella ya no estaba James Hershey, sino el otro individuo.

Scott Groom. Con un descomunal cuchillo de cocina en su mano derecha. Sonriendo sádicamente.

Judy Wood abrió desmesuradamente la boca, pero de su enronquecida garganta ya no escapó ningún grito. Desorbitó los ojos. Una fracción de segundó antes de que el cuchillo se hundiera brutalmente en su seno izquierdo, ya estaba muerta.

Había muerto de terror.

CAPITULO V

Kyra Carlis y James Hershey se encontraban en la cocina cuando vieron aparecer a Scott Groom.

Llegó jadeante.

Con las manos manchadas de sangre. Al igual que el rostro. Como si hubiera realizado un satánico baño de sangre.

—Debes perder las viejas costumbres, Scott. Estamos en el siglo XX. No más alimentos deshidratados, artificiales, condensados en pastillas... Echa un vistazo al frigorífico. Repleto de alimentos ya olvidados por nosotros. Jamón, queso, pollo frío, huevos, frutas... ¡Y bebidas! ¡Estamos en el paraíso!

Scott Groom abrió uno de los grifos de la cocina.

El agua borró la sangre dé sus manos.

—Será difícil olvidar todo... Un cambio demasiado brusco. En Uniamérica, en el año 2063 del cual procedemos, ya no existen animales para alimentar al hombre. Se desconoce el natural sabor de la carne fresca. Alimentos sintéticos. Sólo nosotros, los furtivos «NR-1», mantenemos las primitivas costumbres. Sólo nosotros actuamos en libertad. Sin someternos al control. Robando, matando para alimentarnos...

Kyra Carlis terminó una lata de caviar.

Sonrió.

—Aquí no será necesario, Scott. Vamos a descubrir infinidad de placeres. Placeres que, pese a la tecnología alcanzada en el año 2063, nos eran desconocidos. No será necesario matar para comer carne, Scott. En Uniamérica, entre los perseguidos «NR-1», el manjar más codiciado era el corazón humano; ¿no es cierto? Aquí, creo que es el caviar.

Los tres rieron en desaforadas carcajadas.

Scott Groom chasqueó la lengua.

—Será difícil amoldarse...

—Puedes regresar, Scott —dijo James Hershey, abriendo un bote

de fría cerveza—. Sólo tienes que manipular en el «disco de llamada». Apuesto a que el doctor Bridges y los miembros de la Central de Defensa te recibirían con los brazos abiertos.

Volvieron a reír.

La copiosa cena se prolongó más de una hora.

Probaron de todos los alimentos allí almacenados. Entre exclamaciones y comentarios al descubrir nuevos sabores.

Retornaron al salón.

Hinchados como sapos.

Kyra Carlis se tendió voluptuosamente en el sofá.

James Hershey manipulaba por el mueble-bar, abriendo botellas.

—Whisky, brandy, ginebra, ron... Hemos tenido suerte de caer cerca de aquí. De hacerlo en pleno desierto, lo hubiéramos pasado mal.

—¡Aquí hay cigarrillos! —gritó jubiloso Scott Groom, alzando una caja de plata—. ¡Realizados con tabaco!... ¡Tabaco!

Kyra rió en cantarina carcajada.

—Parecéis dos chiquillos descubriendo juguetes nuevos. Estamos al corriente, merced al «Memorium-HB» inyectado, de todo lo concerniente al siglo XX. ¡Por supuesto que los cigarrillos son de tabaco! ¿Esperabas los artificiales de Uniamérica?

—Tienes razón...

—Controlad vuestro entusiasmo. Ahora venid aquí y sentaros —dijo Kyra Carlis con autoritaria voz—. Cuando el azar nos llevó al lugar donde se encontraban los verdaderos seleccionados para la «Operación Retorno-7», nos percatamos de inmediato de la fabulosa oportunidad que se nos ofrecía. Todo salió bien. Estamos en el siglo XX. En el año 1963. A salvo de nuestros encarnizados perseguidores. Aquí, con las armas que poseemos y nuestra inteligencia, nos adueñaremos de todo.

—¡Seguro!... ¡Nos creerán dioses! —rió James Hershey, dando un largo trago a la botella de whisky—. Con las armas y los medicamentos, seremos invencibles. Insensibles a todo tipo de enfermedades.

—Pero no a la bala de un revólver o a uno de esos arcaicos cuchillos encontrados en la cocina. Somos vulnerables a las armas como cualquier otro mortal. Nuestra ventaja es la carencia de enfermedades.

Hershey asintió.

—No afirmo lo contrario, Kyra; pero reconoce que con nuestras armas difícilmente seremos derrotados.

La mujer movió enérgicamente la cabeza de un lado a otro.

Fijó la mirada en los dos hombres.

—No, no, no… Hay que actuar con astucia. Nosotros tres, aun con tan poderosas armas y medios, no podemos hacer frente a toda una nación. Debemos ir poco a poco. Peldaño a peldaño.

—No te comprendo…

—¿Qué harías tú, James? —inquirió Kyra Carlis con ironía—. ¿Cuál sería tu plan de acción?

Hershey succionó ávidamente el cigarrillo.

Sonrió.

—Pues… Atacaría Fort Knox. En Kentucky. Fort Knox es el depósito de las reservas de oro de EE. UU. En 1952, al triunfar los republicanos, el presidente Eisenhower ordenó que se contabilizaran los lingotes; Oficialmente, se dio la cantidad de doce millones de kilos de oro. Lógicamente habrá aumentado. Con el traslator llevaríamos el oro sin dificultad a cualquier punto del planeta. A un escondite determinado de antemano.

—Por supuesto que lograríamos asaltar con éxito Fort Knox. Es una vulgar fortaleza de acero y granito con rudimentarios sistemas electrónicos de seguridad. Resultaría de lo más sencillo.

—¡Seremos los dueños de todo!

Kyra Carlis volvió a denegar con un movimiento de cabeza.

—Grave error, James. No haremos eso. Nos combatirían sin tregua. Todas las fuerzas militares contra nosotros. Aunque arrasáramos gran parte de EE. UU. terminarían por aniquilarnos.

—Kyra está en lo cierto —corroboró Scott Groom—. Una simple bala entre ceja y ceja nos enviaría al infierno, pese a toda nuestra

inteligencia y nuestras poderosas armas destructoras. ¿Qué plan tienes tú, Kyra? Siempre te has mostrado como la más inteligente de los «NR-1». Aquí también seguiremos tus órdenes.

La mujer sonrió.

Fríamente.

—Perfecto, muchachos. Ya os lo he dicho. Poco a poco, sin delatarnos, podemos lograr nuestros propósitos. La suerte nos acompaña de nuevo. He consultado el reloj de pulsera de ese individuo. Hoy es el 19 de noviembre de 1963. El día 22, Lee Harvey Oswald… y tal vez alguien más, disparará y dará muerte al actual presidente de EE. UU.

—¿Y qué? Eso es algo que no nos incumbe.

—Te equivocas una vez más, James. Vamos a descubrir si existe complot contra el presidente Kennedy. Conocemos las diferentes hipótesis que se barajaron. La de Thomas Buchanan, asegurando que fue obra de un magnate del petróleo con el fin de conseguir el monopolio comercial con varios países, una supuesta conspiración terrorista, conspiración comunista o cubana, la denominada conspiración de Las Vegas, organizada por la Mafia… Vamos a investigar y descubrir a los culpables.

—¿Qué esperas conseguir con ello?

—Déjame continuar, James. Una vez descubiertos quién o quiénes atentan contra el presidente, nos aliaremos con ellos. Debe tratarse de una organización poderosa. Les impondremos nuestras condiciones y obligaremos a acatarnos como jefes. Accederán, al demostrarles nuestro inmenso poder. De seguro habrá peces gordos en el grupo. Ellos nos irán abriendo camino. Les ayudaremos. Un camino… legal hacia la. Casa Blanca.

—Sí… Magnífico, Kyra… magnífico…

James Hershey también asintió.

—Estoy de acuerdo, Kyra.

—Bien. Ahora debemos borrar toda huella de nuestro paso por aquí. Desintegraremos el cadáver de ese hombre y el de la muchacha, Y mañana, en Dallas, comenzaremos nuestro trabajo. Sí, amigos. La suerte no nos abandona. Disponemos de un discreto lugar donde pasar la noche, alimentos y un auto para desplazarnos hasta Dallas. En la ciudad compraremos otro. No es prudente deambular con un auto

robado. Ahora comprobad las armas y los medicamentos. Esperemos que no hayan sufrido alteración durante el «viaje». Disponemos de unos tres mil dólares, ¿no es cierto?

—Correcto, Kyra. El doctor Bridges no fue muy generoso. Mil dólares a cada uno de nosotros.

La mujer sonrió.

—Eso es casi un insulto para nosotros… Una cantidad ridícula. Mañana, en Dallas, lo solucionaremos. Cualquier Banco nos servirá.

Scott Groom ya había abierto su maletín.

Estaba manipulando en da portátil «Karlx» de rayos desintegradores.

Para comprobar su buen funcionamiento, encañonó al inmóvil Donald Hawks.

Accionó el disparador.

El cuerpo de Donald Hawks, alcanzado por aquel destructor rayo, quedó convertido en un montón de cenizas.

CAPITULO VI

Alan Brown entreabrió trabajosamente los ojos.

Los cerró de inmediato.

Sus párpados le pesaban como plomo.

Ocultó la cabeza bajo la almohada, intentando reanudar el sueño, pero el timbre de la puerta continuaba sonando. Insistentemente. Una y otra vez...

Una imprecación escapó de labios de Alan Brown.

Se incorporó.

Al quedar sentado en el lecho, llevó sus manos a las sienes. La cabeza le daba vertiginosas vueltas. Le resultaba difícil mantener los ojos abiertos.

Contempló borrosas las manecillas del reloj despertador situado sobre la mesa de noche.

Y aquello sí le hizo reaccionar.

Eran las dos de la tarde.

¡Y a las diez de la mañana tenía que haber presentado su artículo sobre la visita del presidente Kennedy en la Dea Press International!

Alan Brown quedó unos instantes con el rostro oculto entre las manos.

Esforzándose por recordar lo ocurrido la noche anterior.

Danys Hotel.

Sí.

De aquello estaba seguro. Acompañó a Sammy Logan a la final organizada para la elección de Miss Dallas 1963. Logan debía realizar el reportaje para la Dea Press International.

Eso es.

Hasta ahí todo correcto.

¿Qué diablos ocurrió luego?

Alan Brown se taponó los oídos con las palmas de las manos; pero el timbre le llegó audible.

¡Judith!…

Sí…, ahora lo recordaba. Judith Salkow. Una de las seleccionadas. Noventa y cuatro, sesenta y noventa y cuatro. Una muchacha escultural de curvas bien situadas. La eliminaron injustamente en la tercera votación.

Judith lloraba amargamente y Alan Brown acudió a consolarla. Fueron al *snack* del Danys Hotel y se entonaron con un par de Manhattan. Luego, unas copas en The Adventurer y un bullicioso recorrido por Barrio Grant terminando la velada con champaña.

Alan Brown ladeó la cabeza fijando su mirada en la abierta puerta de la habitación. Desde allí se divisaba el salón. Pudo contemplar las dos botellas de champaña en el suelo. Vacías.

¿Y Judith?

¿Dónde estaba Judith?

Brown se incorporó, abandonando con torpe paso la estancia.

En el salón todo aparecía en desorden. Las copas sobre la alfombra, una botella de «Johnnie Walker» en el sofá, las de champaña en el suelo, el tocadiscos conectado…

Ni rastro de la seductora Judith.

¿Un sueño?

¿Había soñado acaso aquella maravillosa velada con Judith?

El timbre de la puerta dejó de sonar. Fue reemplazado por un ruidoso golpear sobre la hoja de madera.

El salón y el *living* se comunicaban.

De ahí que le llegara la voz.

—¡Abre, Alan!… ¡Soy Charles!… ¡Charles Wilcox! ¡Sé que estás ahí! ¡Abre, maldita sea!

Brown sacudió la cabeza.

Sorprendido.

De no abrir antes fue por temor a enfrentarse con algún enviado de la Dea Press International, en demanda de un artículo que no tenía escrito.

Y su visitante era Charles Wilcox.

El bueno de Charles…

Alan Brown acudió al *living*, abriendo bruscamente la puerta de entrada al aparcamiento.

Su impaciente visitante quedó con los puños en alto.

Era un individuo de unos cuarenta años de edad. Rostro redondo, donde destacaban unos ojos saltones. Se cubría con una descolorida gabardina de bocamangas gastadas.

—Durmiendo a las dos de la tarde, ¿eh, Alan? —rió Charles Wilcox nerviosamente a la vez que penetraba en el apartamento—. Lo que vas a oír te despejará por completo. La historia más espeluznante que…

—Cierra el pico, Charles.

—Deja que…

—¡Maldita sea, Charles! —vociferó Brown, taponando de nuevo sus oídos—. ¡No me hagas gritar! Ciertamente acabo de despertar y tengo una resaca de mil demonios.

No quiero oír nada hasta después de una ducha y vestirme.

—Es muy urgente, Alan. Algo monstruoso que…

—¿Se trata del fin del mundo?

—Pues… tal vez sí, Alan.

—¡Vete al diablo!

Alan Brown pasó al salón y de allí directamente al dormitorio. Seguido de Wilcox.

—Debes escucharme, Alan…

Brown se despojó de la chaqueta del pijama, arrojándola sobre el lecho. Por primera vez se percató de que el teléfono estaba descolgado. De ahí que no recibiera llamada de la Dea Press International.

Colocó adecuadamente el micro.

Suspiró resignado.

—Adelante, Charles. Habla mientras me ducho. ¿Qué embuste tratas dé venderme esta vez?

Wilcox rió.

Nerviosamente.

—Creo que es mejor esperar a que termines de arreglarte.

—*Okay*… Prepara café. Muy cargado. Ya sabes dónde encontrar todo lo necesario.

—Sí, Alan.

Brown se introdujo en el cuarto de baño.

Y allí, sobre el espejo, descubrió el breve mensaje escrito con rojo lápiz de labios.

«Gracias por consolarme. No te olvidaré. Judith.»

Alan Brown esbozó una sonrisa.

No había sido, un sueño…

Poco más tarde Alan Brown se acomodaba en el sofá del salón con un cigarrillo humeando en sus labios. La ducha fría, el afeitado completado con loción, correctamente vestido… le transformaron en otro hombre.

Frisaba en los treinta años de edad. Pelo negro. Frente despejada, ojos grises, labios de fino trazo y firme barbilla. Lucía chaqueta *sport*, jersey y pantalón oscuro. Su complexión era atlética. La de un hombre acostumbrado a realizar toda clase de ejercicio.

Marcó un número en el teléfono supletorio instalado en el salón.

—¿Señor Siggins?… Aquí Brown. Quiero que…

—Tranquilo, muchacho —le interrumpió la voz a través del micro —. No debes preocuparte por nada. Al no poder comunicar contigo, solicité información al recepcionista de tu edificio. Nos dijo que habías tenido una noche muy… agitada y que descansabas plácidamente.

—Antes de una hora estaré ahí con el artículo.

—No te molestes, Alan. Limítate a pasar por caja. Estás despedido.

Cortaron la comunicación.

Brown quedó unos segundos con el micro en la mano.

Así le sorprendió Charles Wilcox, que llegaba con una humeante taza de negro café.

—Me acaban de despedir, Charles.

—¿De veras? Peor para ellos, Alan. La Dea Press International acaba de perder el reportaje del siglo.

—El bocazas de George...

—¿El recepcionista? Sí... me aseguró que estabas aquí. También yo traté de comunicarme contigo por teléfono. Quería estar seguro de encontrarte.

Brown comenzó a tomar el café a pequeños sorbos.

—¿Cuánto necesitas, Charles?

—Espera a oír lo que tengo que decirte, muchacho.

—No es necesario, Charles. ¿Te van bien cincuenta dólares? Ya me los devolverás cuando encuentres trabajo.

—Siempre te he sacado dinero con la promesa de importante información. ¿No es cierto, Alan? Pues ahora va en serio. Soy un detective privado que no tiene donde caerse muerto. Siempre con los bolsillos vacíos solicitando préstamos de los amigos. Tú eres el mejor, muchacho. Jamás te burlaste de mis continuos fracasos.

—No has tenido suerte, Charles. Eso es todo. Pronto cambiará tu situación.

—Todo va a cambiar, muchacho —dijo Charles Wilcox con enigmática voz—. Se avecinan tiempos amargos.

—¡Dímelo a mí!... Me acaban de despedir.

—Yo tengo trabajo, Alan. Acepté un puesto en la Agencia Streiner. Sueldo miserable y un trabajo vulgar. Llevo ya dos semanas en la empresa. Su director es Jack Streiner. Un viejo detective. ¿Sabes su ambición? Complacer a la señora Bertha Hawks, de soltera Bertha Wise.

—¿Ese loro propietario de la Wise Company?

—Correcto, Alan. El deseo de Bertha es divorciarse de su marido. Se ha encaprichado de un joven y apuesto empleado de la compañía, al que triplica en edad.

—¡Ah, el amor!…

Charles Wilcox ignoró el sarcasmo de su amigo.

—Por supuesto que su marido, Donald Hawks, no quiere el divorcio. Bertha es para él la gallina de los huevos de oro. El deseo de Bertha es conseguir pruebas de la infidelidad de su marido. Encomendó el trabajo a la Agencia Streiner. Fracasamos. Donald Hawks es demasiado astuto y toma toda clase de precauciones. Bertha prometió una gratificación de cinco mil dólares a quien consiguiera pruebas contundentes de la infidelidad de su marido.

—Un buen pellizco.

—Sí, muchacho… Fabuloso. De ahí que empezara a madurar mi plan. ¿Recuerdas a Judy Wood?

—¿La *strip-teasse* del club Casablanca?

Wilcox asintió.

—La misma. Prometí compartir con ella los cinco mil dólares, si todo salía bien. Judy ingresó como taquimecanógrafa en la Wise Company.

Alan Brown rió, divertido.

—¡Infiernos!… Me hubiera gustado verla frente a una máquina de escribir,

El rostro de Charles Wilcox continuó serio. Sin compartir la risa de su interlocutor. Tampoco alteró el grave tono de su voz.

—Tal como suponíamos, Donald Hawks fijó sus ojos en ella. Judy se mostró esquiva para no despertar sospechas. Tras un prolongado asedio, accedió a una invitación de Hawks. Un trabajo extra, en su refugio de la montaña. Judy me comunicó el lugar. Yo me adelanté, e instalé micrófonos por todas partes.

—Judy haría el resto, ¿no? Apuesto a que salió bien.

—No, Alan… no salió bien. Hoy fui a esa casa de campo a retirar los micrófonos y las cintas grabadas. Allí mismo las comprobé y…

Brown volvió a reír.

Depositó la taza de café sobre la mesa.

—Comprendo. Judy logró grabar escenas sumamente apasionadas. Cualquier periódico o publicación sensacionalista pagaría más de los cinco mil dólares, y quieres que yo realice la operación. No cuentes conmigo, Charles.

Wilcox había sacado de la gabardina dos rollos de cinta magnetofónica.

Sus manos temblaron levemente.

—Esta historia vale más de los cinco mil dólares, Alan. Mucho más... Creo que no hay cantidad suficiente para pagarla.

—Te conozco, Charles. ¿Por cuánto quieres venderla?

—Un millón de dólares.

Brown entornó los ojos.

Fijos en su amigo.

—Una prolongada ducha fría y un buen masaje facial. Es lo mejor para la resaca. Te lo dice un experto.

—No estoy borracho, Alan.

—Entonces, te has despertado con muy buen humor.

—Tampoco se trata de una broma. Quiero un millón de dólares por estas dos cintas y los conseguiré. ¿En cuánto valoras la vida del presidente John F. Kennedy? ¿Cuánto crees que daría la National Security Agency por conocer el inmediato ataque de un temible enemigo, capaz de destruir los EE. UU.? Un millón de dólares es una cantidad insignificante.

—¡Estás loco, Charles!...

Wilcox acudió al tocadiscos.

Sobre el mismo mueble se veía también un magnetófono.

Colocó una de las cintas, dando la posición de avance.

—Esta es la primera grabación, Alan. Efectuada en el salón. La propia Judy accionó el mecanismo de grabación.

Alan Brown se había aproximado.

Con indiferencia.

Empezaron a surgir voces del aparato. «—Todo depende de ti, Judy. Antes de un mes, puedes alcanzar el puesto de secretaria particular.

»—No se burle, señor Hawks…

»—No es una burla, nena. Todo depende de ti… Sólo de…»

CAPITULO VII

El magnetófono enmudeció.

—¿Y bien, Alan? ¿Qué me dices ahora?

Brown sonrió.

—Magnífico, Charles. Perfecto. Original y muy convincente. Felicita a tus colaboradores. Han hecho un buen trabajo. Todo parece muy real.

—¿Insinúas...? ¡Maldita sea, Alan! ¡No es un truco!

—Apuesto a que la idea surgió de Judy Wood. Es una chica con mucha imaginación. Demasiada, tal vez.

Charles Wilcox se precipitó súbitamente sobre Brown. Aferrando las solapas de su chaqueta, comenzó a zarandearle, presa de los nervios.

—¡Debes creerme, Alan!... ¡No trato de engañarte!

Brown se zafó con brusquedad.

Empujando a Wilcox, que cayó sobre el sofá.

—Procura calmarte, Charles.

—Tienes que creerme... tienes que creerme... —continuó Wilcox, ahora en un susurro apenas audible—. Juro que es cierto…

Alan Brown acudió al mueble-bar.

Aún quedaba una botella de whisky intacta. Llenó un vaso, que ofreció a Charles Wilcox. Se acomodó junto a él.

—Bebe.

Wilcox obedeció dócilmente.

—Alan... somos amigos. Siempre me has ayudado, y te estoy agradecido por eso. Jamás te involucraría en un asunto sucio. Tú tienes contacto con el mundo de la Prensa. Es una noticia fabulosa... irreal, lo sé; pero cierta. Ahí, en esas dos cintas, está la prueba.

—¿Qué ha sido de Judy?

—¿Acaso no has oído la grabación? Uno de los individuos arrancó su corazón para... ¡Oh, Dios! Es demasiado espeluznante... Judy está muerta... Muerta...

—¿Has visto el cadáver?

—Fue desintegrado... Borrado todo rastro de...

—Ah, sí... Había olvidado esas terroríficas armas —dijo Brown con ironía. Encendió un cigarrillo, fijando su mirada en Wilcox—. Lo lamento, Charles. Tu plan para conseguir pruebas de la infidelidad de Donald Hawks era bueno; pero cometiste el error de asociarte con Judy Wood. Demasiado inteligente. Te ha engañado, Charles. Se aprovechó de tu idea, en su propio beneficio.

—¿Qué quieres decir?

Brown exhaló una bocanada de azulado humo.

Sonrió, palmeando la espalda de Wilcox.

—Está claro. Siguió tu plan, grabando comprometidos y embarazosos diálogos con Donald Hawks. Luego, con compañeros del *nigth-club* donde trabaja, o cualquier otra clase de amigos, representó la farsa de esos visitantes del futuro. La cinta que compromete a Donald Hawks está en poder de Judy. Ella hará el negocio, sin repartir contigo. De seguro ya está en tratos con Bertha Hawks. Tú quedarás al margen, Charles. Para ti, esas cintas con la fabulosa historia de los llegados del siglo XXI. Se ha burlado de ti, Charles. Debes reconocerlo.

Wilcox denegó con un movimiento de cabeza.

—Pudo hacerlo de otra forma..., sin necesidad de recurrir a tan fantástica historia, ni solicitar la ayuda de terceros.

—Esas dos cintas te mantendrían muy intrigado. Darían tiempo a Judy para largarse de Dallas. Búscala en Las Vegas. Era su ambición. Visitar Las Vegas, con el bolso repleto.

—¿Qué me dices de Donald Hawks? ¿También se prestó al juego?

—Por supuesto que no.

—En esas cintas está Donald Hawks. La misteriosa luz cegadora, la aparición de los dos hombres y la mujer, el ataque a Hawks y...

Alan Brown interrumpió, chasqueando la lengua.

De nuevo esbozó una sonrisa.

—No, Charles. Ahí figura una voz que representa ser Donald Hawks. ¿La identificas con la del verdadero Hawks?

—Jamás le oí hablar.

—Judy se presentó en la casa de Hawks, con estas cintas ya grabadas. Realizó su escenita con Donald Hawks y, al marchar éste, tomó las que tú habías instalado estratégicamente, dejando las otras para tu diversión.

—Donald Hawks ha desaparecido, Alan.

Brown arqueó las cejas.

—¿Cómo dices?

—Al retirar las cintas de la casa de Hawks, no pude evitar mi impaciencia por conocer el resultado. Después de retirar los micrófonos y cintas instaladas, las pasé por el magnetófono que había en el salón. Ya puedes imaginar mi sorpresa, al oír tan espeluznante conversación... Había quedado citado con Judy en su apartamento. Fui hasta allí, pero Judy no estaba. Acudí a la Wise Company. Estaban muy preocupados. Donald Hawks no se había presentado. No saben nada de él.

—Ocupa un alto cargo en la compañía, ¿no es cierto? Puede permitirse el faltar al trabajo. ,

—Es la primera vez que ocurre, en los doce años que lleva como vicepresidente de la Wise Company. Hawks está bajo el control de su mujer. He conseguido hablar con ella. Está inquieta. Preocupada. No ha tenido noticias de Donald Hawks. Se despidió de ella, simulando que iba a visitar a su hermano de Fort Worth. Es el truco habitualmente empleado por Hawks para pasar las noches en el refugio de la montaña.

Alan Brown quedó unos segundos en silencio.

Sin saber qué explicación dar a aquella desaparición.

Charles Wilcox creyó interpretar aquel mutismo.

—Empiezas a dudar, ¿verdad, Alan?

—Únicamente me sorprende la desaparición de Donald Hawks, pero jamás daré crédito a lo que se dice en esas cintas. ¡ Seres del año 2063 paseando por el siglo XX! Escucha, Charles... Tú instalaste los micrófonos, acoplándolos a los distintos magnetófonos, ¿correcto?

—Sí.

—¿Dónde los instalaste?

—En el salón, la cocina y el dormitorio.

—¿Conocía Judy los emplazamientos?

—Por supuesto. Tenía que accionarlos para que empezaran a grabar. Así lo hizo, cuando se acomodó en el sofá, junto a Hawks.

Alan Brown esbozó una sonrisa de triunfo.

—Bien. Según se desprende de la primera cinta, la acción transcurre en el salón. Se supone que Donald Hawks recibe un golpe mortal, y Judy Wood empieza a correr. La segunda cinta corresponde a la cocina. Allí llega el que dice llamarse Scott Groom, después de... acabar con Judy. ¿Quién diablos accionó, entonces, el magnetófono de la cocina?

—Al abrir el refrigerador, empieza a funcionar.

La sonrisa se heló en labios de Brown.

—¿Cómo?

—Soy un experto en eso, Alan. Tú lo sabes. Lo conecté de forma que, al abrir el frigorífico, se accionara automáticamente el magnetófono. Así daría facilidades a Judy. En el, salón, al igual que en la habitación, podía aprovechar cualquier descuido de Hawks para poner en marcha el magnetófono; pero en la cocina podía ser más difícil. Incluso ser descubierta, y echar por tierra todo el plan. De ahí que ideara ese sistema.

—¿Se grabó la cinta de la habitación?

—Por supuesto que no. ¿Quién la iba a accionar? Sólo la del salón y la cocina. Esta última, estuve tentado de no instalarla. La cocina no es lugar apropiado para escenas de amor; pero sospeché que Donald Hawks iniciaría su ataque mientras preparaban la cena. Quise recoger el máximo de conversación.

Brown se incorporó, respirando con fuerza.

—No sé cómo convencerte de que has sido víctima del engaño de la astuta Judy Wood.

—Sigues sin creer la historia de las cintas...

—¡Naturalmente! ¡Maldita sea, Charles!... ¿Cómo puedes tú dar crédito? ¡Es absurdo! ¡Ridículo!

Charles Wilcox también se incorporó del sofá.

Se apoderó de las dos cintas, guardándolas nuevamente en su desgastada gabardina.

—Descubriré qué hay de cierto en esto, Alan.

—¿Por qué no acudes a la policía, Charles? ¡Al FBI! Ahí se afirma que el presidente Kennedy será asesinado.

—Se burlarían de mí.

—Y algo más, Charles. ¡Te llevarían a un centro siquiátrico!

—Necesito tu ayuda, Alan. Tú puedes negociar esta cinta, en cualquier periódico importante.

—¿Solicitando un millón de dólares? ¡Estás loco!

—Las cintas quedarían en depósito. Hoy es día veinte. Dentro de dos días, el 22 de noviembre, si el presidente Kennedy continúa con vida, se demostraría la falsedad; pero si el presidente es víctima de un atentado...

—Eres un pobre iluso.

—Alan..., estas cintas, después del día 22, carecerán de valor. Pudieron ser grabadas después del magnicidio, y nadie me creería.

—¿Ya lo das por hecho?

—He escuchado las cintas varias veces, Alan... Las voces, los gritos de Judy, el extraño sonido del fogonazo contra Donald Hawks... Ni los mejores actores de Hollywood lograrían ese efecto. Judy Wood está muerta... al igual que Donald Hawks... Lo sé... Ayúdame, Alan. Si acudo directamente a los periódicos, me echarían a puntapiés.

—Y yo, presentándome con semejante fábula, sería el hazmerreír de todos. No soy un Pulitzer, pero tengo buena reputación, dentro de mi profesión. No, Charles. No cuentes conmigo.

Wilcox inclinó la cabeza.

Sin pronunciar ninguna otra palabra.

Con lento paso, se encaminó hacia el living.

Alan Brown fue tras él, alcanzándole ya junto a la puerta de salida del apartamento.

—Charles… olvidas los cincuenta dólares.

—No los necesito —respondió Wilcox fríamente—. Me has hecho un gran favor, al negarme ayuda, Alan. Esos… visitantes del futuro, como tú irónicamente les has llamado, planean un robo. Si lo desean, pueden adueñarse de la ciudad, pero, por el momento, prefieren pasar desapercibidos. No les gustaría saber que poseo ciertas cintas magnetofónicas que les delatan. Les sacaré, el millón de dólares. Tal vez más… Sí, Alan. Voy a venderles las cintas a ellos. A nuestros visitantes del futuro.

* * *

George Smith, el recepcionista del edificio, alzó los ojos del *comic-book*. En su caballuno rostro se reflejó una ancha sonrisa. Era un individuo locuaz. Simpático. De infantil aspecto. Todos conocían su afición por el «comic». «The Phantom», «Superman», «Little Lulu», «The Lone Ranger»…

Todo fachada.

El verdadero *hobby* de George eran las publicaciones de un sucio subido. Bajo cada *comic-book* ocultaba hábilmente una publicación danesa.

Alan Brown le catalogó, desde el principio.

«Un tipo repulsivo.»

Sí.

Ese era George Smith.

—Eres un hijo de perra sarnosa, George.

—¿Por qué dice eso, señor Brown? —preguntó George Smith, con rostro compungido, aunque sin lograr ocultar el malicioso brillo de sus ojos de rata—. ¿Qué le ocurre?

—Telefonearon de la Dea Press International, ¿no es cierto?

—Ah, sí… Su teléfono parecía estar averiado. «Me llamaron,

preguntando si estaba usted arriba.

—¿Cuál fue tu respuesta?

—Dije que de seguro estaba descansando. Supe disculparle, señor Brown. Les informé que se había retirado muy tarde, y celebrado una pequeña fiesta con una amiga, tomando unas copas de más. ¿Hice mal?

Alan Brown apretó con fuerza las mandíbulas.

—Eres algo más que un hijo de perra, George. No es la primera vez que te vas de la lengua; pero la de hoy ha sido la última. Si vuelves a hacerlo, te pisotearé las tripas hasta ver cómo las vomitas. ¿Me has comprendido?

—Sí…, sí señor…

Alan Brown giró sobre sus talones, acudiendo al *parking* subterráneo.

Allí estaba su «Buick».

Se acomodó frente al volante.

Abandonó el apartamento, con la intención de presentarse en la Dea Press International, y dar cualquier disculpa; pero. George Smith había echado por tierra esa idea.

Había informado a placer.

Trasnochando, bebiendo alegremente y disfrutando de compañía femenina.

No había disculpas para aquello.

Jamás había incumplido con su trabajo. Era un buen profesional.

¿Cómo ocurrió?

Judith.

Sí.

Demasiado seductora.

Alan Brown suspiró, resignado, iniciando la marcha del vehículo. Subió la rampa del *parking*, abandonando el edificio.

Decidió cumplir la última orden del jefe.

«Pasar por caja.»

La Dea Press International era una de las mejores agencias de información de los EE. UU, También proporcionaba artículos y reportajes a los diarios de mayor tirada del país. Emplazada en el corazón de Dallas. En la Sangs Avenue. A muy poca distancia del maravilloso Lake Cliff Park.

Alan Brown ascendió por la Tyler Avenue hasta llegar a su cruce con Davis Street.

Detuvo el auto frente a un obligado *stop*.

Ya estaba próximo a la Sangs Avenue.

Cuando se disponía a reanudar la marcha, se percató de las señas que una muchacha le hacía desde la parada de taxis.

La joven corrió hacia el «Buick», sin cesar de agitar su mano derecha.

Abrió la portezuela, acomodándose junto a Brown.

—¡Es una suerte encontrarte, Alan! —jadeó la muchacha.

—¿De veras? ¿Acaso necesitas locomoción para ir a la Dea Press International? Está a un par de manzanas. Necesitas hacer ejercicio.

—¿No estoy bien así, Alan?

Brown entornó los ojos.

Fijos en la muchacha.

Más bien devorándola con la mirada.

Eleanor Shaw. Periodista con el título aún fresco. Colaboradora de la Dea Press International. Veintitrés años de edad. Rostro ovalado, donde destacaban unos rasgados ojos verdes, una deliciosa nariz respingona y unos labios que pedían a gritos ser besados. Su busto se delineaba bajo el ceñido jersey, con agradable resultado. La falda se ajustaba a la cintura, resaltando la suave redondez de las caderas.

No.

Eleanor no necesitaba ejercicio.

Estaba muy bien así.

Los grises ojos de Brown volvieron a prestar atención al intenso

tránsito de las calles de Dallas.

—Sigue, Alan. No entres en la Sangs Avenue.

—¿No vas a las oficinas?

—Sería ridículo esperar un taxi para tan corto trayecto. Yo voy a la Central Wall.

—*Okay*, nena. Entonces, baja y busca el taxi. Yo me quedo en Dea Press International.

—Puedes demorarlo, Alan. Ya no tienes ninguna prisa.

Brown se percató del irónico tono empleado por la joven.

—Ya lo sabes, ¿eh?

—Oh, por supuesto... El jefe está siendo muy felicitado, por haber tomado la decisión de despedirte. Te lo estabas buscando, Alan.

Brown estacionó el auto en doble fila.

Extendió el brazo derecho, abriendo la portezuela correspondiente a Eleanor Shaw.

—Hasta luego, querida. Yo doblo por Sangs Avenue.

La muchacha se aferró al brazo de Brown, aprisionándolo contra su pecho. Sus carnosos labios dibujaron una sensual sonrisa.

—¿Cuántas veces me has invitado a cenar, Alan?

—No llevo la cuenta.

—Acepto esta noche y, dado que te has quedado sin trabajo, pagaré yo.

—¿Has heredado?

—Mejor que eso, Alan. Se ha cometido un robo en la Central Wall. Voy allí para ampliar datos. Será un magnífico reportaje. Algo fabuloso.

—¿En un vulgar robo? —rió Brown—. Estás en la lactancia, del periodismo; Eleanor.

—¿Vulgar robo? ¡Han saqueado en la Banking House Knox Co.!

El rostro de Brown reflejó estupor.

Ciertamente, no se trataba de un vulgar robo. La Banking House Knox Co., poseía uno de los más avanzados sistemas electrónicos de seguridad.

—¿Cuánto se han llevado?

—Todo, Alan. Incluida la cámara acorazada.

—¿Estás bromeando?

—¡Por el amor de Dios, Alan! No me hagas más preguntas, y vamos.

—¡Responde!

Eleanor suspiró, resignada.

—Ahí está, lo fantástico e irreal del suceso, Alan. Los atracadores no han perdido el tiempo en vaciar la cámara acorazada. Se la han llevado también. Ha desaparecido. Una cámara acorazada, de incontables toneladas de peso, volatizada en el aire?

Alan Brown sintió un escalofrío.

A su mente, acudieron unas palabras de las grabadas en las cintas magnetofónicas de Wilcox.

«...Mañana, en Dallas, lo solucionaremos. Cualquier Banco nos servirá...»

—¿Te encuentras mal, Alan? Estás pálido...

Brown reanudó la marcha, en dirección a Central Wall.

Sin responder a Eleanor.

Era incapaz de hacerlo.

CAPITULO VIII

El *bungalow* estaba situado en Schon Boulevard, en la zona residencial dé Barrio Malins. Una longitudinal avenida, con bloques de reciente construcción. Muchos de aquellos *bungalow* s, que se alineaban a derecha e izquierda de la calzada, permanecían desocupados.

El *bungalow* correspondiente al 1.832 de Schon Boulevard era uno de los más espaciosos y mejor dotados. Especialmente diseñado y construido para magnates.

Y ahora había sido ocupado por tres demoníacos seres del año 2063.

Kyra Carlis estaba sola en la casa.

En una de las habitaciones, había desempacado todas las compras adquiridas. Preferentemente, ropa. Para ella, Groom y Hershey.

El poder elegir, aunque fuera aquellas toscas telas, era también un placer desconocido para Kyra Carlis. En Uniamérica, el Poder Supremo del Estado dictaba el modelo a regir durante el año. Un uniforme obligado para todos los habitantes del siglo XXI. Las normas también se utilizaban, con pocas variantes, en los Estados Unidos de Europa, en Uniáfrica... Los sistemas de gobierno eran semejantes en todas las superpotencias del siglo XXI.

Kyra Carlis descubría un placer netamente femenino.

Se contempló en el largo espejo del armario.

Luciendo dos únicas prendas. De negro encaje. Se ajustó a la cintura una falda. Tomó la elegante blusa. Cuando se disponía a abotonarla, apareció James Hershey.

—¿Ya de regreso, James? ¿Dónde está Scott?

—Introduciendo el auto en el garaje. Hemos comprado un «Pontiac», último modelo.

—¿Y el de Donald Hawks?

—Jamás lo encontrarán —rió Hershey—. Quedó convertido en polvo. Kyra...

—¿Sí, James?

Los ojos de Hershey estaban fijos en la blusa que la mujer comenzaba a abotonar.

—Esas ropas… te hacen más tentadora…

—¿De veras? Terminaré por acostumbrarme a ellas, aunque las considero inútiles y molestas. En especial las medias.

Kyra había alzado la falda, mostrando fugazmente sus mórbidas piernas, enfundadas en medias de nylon.

Pero los ojos de Hershey no se desviaron del tórax femenino, semioculto bajo aquella negra prenda.

Abarcó a Kyra por la cintura, atrayéndola contra sí. Unieron sus labios ávidamente. Con pasión compartida. Volcánicamente. Con un salvaje impulso que era incluso superior en la insaciable Kyra Carlis.

Sí.

También ahí la mujer les dominaba.

—Quiero terminar de arreglarme, James —Kyra le rechazó con encantadora sonrisa—. He comprado ropa para vosotros. La que nos proporcionó el doctor Bridges era bastante vulgar.

—Hay que estarle agradecidos, Kyra. Nos equipó bien. Sin escapar ningún detalle. Lo hemos comprobado, al adquirir el auto. Todos nuestros documentos en regla. Permiso de conducir, cédula de identidad…

Scott Groom llegó canturreando por lo bajo.

—¿Qué canción es ésa, Scott?

Groom rió, divertido.

—La acabo de escuchar por el auto-radio. El «Heartbreak Hotel» de Elvis Presley.

—El «rey del *rock and roll*.

—Correcto, Kyra. Un muchacho que jamás será destronado. Ni por los Beatles, ¡Infiernos!… Eso de conocer todo cuanto va a suceder en el siglo XX resta emoción.

Kyra y Hershey unieron sus risas a las de Scott Groom.

Pasaron al salón.

Kyra Carlis ya había completado su vestimenta. Un elegante traje chaqueta, junto con la blusa y el lazo de seda graciosamente anudado al cuello.

—¿Habéis decidido ya?

—Sí, Kyra. Mientras tú realizabas las compras, James y yo recorrimos el centro de Dallas. El Banking House Knox, Co. nos parece bueno. En Central Wall. Desde el auto, lanzamos un «ojo-sonda». Las imágenes que nos trasladó indican que la cámara acorazada, de reciente instalación, es totalmente independiente. Un bloque de acero. Como una gigantesca caja de caudales, pero con la ventaja de no estar empotrada en la pared, ni formar parte de la construcción. Ocupa una sala del subterráneo.

—¿Sistemas de seguridad?

—Primitivos. Primitivos para nosotros, por supuesto —rió Scott Groom—. Hemos dejado allí el invisible «ojo-sonda». Si quieres comprobar algo…

James Scott depositó sobre la mesa una rectangular caja de reducido tamaño.

Kyra la abrió, accionando uno de los mandos.

La micropantalla del diminuto televisor se iluminó,

—¿Cómo has programado al «ojo-sonda»?

—A todo espacio —respondió Groom, inclinándose también sobre el aparato—. Quise conocer todos los rincones del Banco. Mira… ahora retransmite desde la segunda planta. La sección de Bolsa. Si aceleramos el programa, pasará velozmente hasta la última planta, y luego al subsuelo.

La mujer pulsó un minúsculo botón rojo.

La pantalla se oscureció, borrando la imagen.

—No es necesario. Si has comprobado todos los departamentos…

—Sala por sala, Kyra.

—Bien. Utilizaremos los equipos Traslator-Emisor y Traslator-Receptor. Este último ya lo tengo instalado en el sótano. Ya conocéis las dimensiones, de cuando el casero nos mostró la casa. ¿Serán

suficientes?

—Seguro. La cámara acorazada es gigantesca, pero, por supuesto, se acoplará en el sótano.

—Este va a ser nuestro cuartel general, muchachos, Lo considero perfecto. Un lugar tranquilo, sin vecinos en los *bungalows* cercanos, y muy amplio. En el sótano he almacenado nuestras armas y demás... recuerdos del futuro.

James Hershey consultó su reloj de pulsera.

También proporcionado por el doctor Bridges como equipo para la «Operación Retorno-7».

—Dentro de cuarenta minutos cierran la Banking House Knox, Co. Debemos marchar ya. Aquí, el tránsito es infernal. Todo ciudadano parece disponer de auto, Y pensar que en el año 2063 no existirá un solo vehículo privado!

Volvieron a reír.

Kyra Carlis tomó del brazo a los dos hombres.

—Vamos al sótano, a recoger todo lo necesario. Va a ser el robo más espectacular del siglo. Nuestra carta de presentación. Esos que van a atentar contra el presidente Kennedy, al conocer nuestro poder, no dudarán en someterse a nuestras órdenes, convencidos de que podemos conquistar el planeta. Y ése va a ser nuestro objetivo, muchachos... ¡Dominar todo el planeta!

* * *

La Banking House Knox, Co., cerró puntualmente sus puertas.

Los clientes que aún permanecían en el interior ultimaban sus operaciones comerciales. Deberían abandonar el edificio por una de las puertas secundarias, controladas por uno de los empleados.

Los agentes de seguridad continuaban en sus puestos.

Kyra Carlis, James Hershey y Scott Groom llevaban ya cinco minutos en el edificio. En la planta baja.

Cinco minutos.

Y ocho eran los necesarios para que la ampolla G-742 NL, discretamente rota al entrar, se extendiera hasta el último rincón del edificio.

G-742 NL.

Cualquier habitante del año 2063 descifraría fácilmente esas siglas. Correspondían a un gas no letal de código 742. Sus características se debían consultar en los correspondientes manuales de texto. Una de ellas era su facilidad e instantánea rapidez de mezcla con el Gr273 NL. No se debía hacer, ya que la unión de ambos gases producía breve paralización, física y mental, en el cuerpo humano.

Ocho minutos.

James Hershey arrojó al suelo la ampolla G-273 NL, mientras que Kyra Carlis abría su bolso y accionaba el supracontrol «Shimkus».

Una fracción de segundo.

En ese corto espacio de tiempo, todo el personal existente en el edificio quedó inmóvil. Rígido. En las más grotescas posturas. Como muñecos de cera.

Permanecerían así alrededor de los cinco minutos.

Kyra, Hershey y Groom tendrían tiempo suficiente para su cometido. A ellos no les afectaba el gas. Previamente, se habían tratado con el correspondiente antídoto. Conociendo, merced al «ojo-sonda», todas las dependencias del Banco, descendieron sin dificultad al subsuelo.

No utilizaron el ascensor.

No funcionaba.

Ningún sistema eléctrico. Ningún mecanismo. Incluso los relojes habían dejado de funcionar.

Todo sometido al control del «Shimkus».

Llegaron a la cámara acorazada.

Dos individuos, uno de ellos sin duda el director de la Banking House Knox, Co., parecían realizar sendas reverencias. Un agente uniformado, a poca distancia de la cámara acorazada, mantenía un cigarrillo encendido. Pronto le llegaría a los labios, pero él continuaría inmóvil. Sin sentir nada. Sólo al cabo de cinco minutos, al salir de

aquel breve letargo, descubriría la dolorosa quemadura de sus labios.

Scott Groom, que portaba en su diestra una bolsa de deportes, se detuvo frente a la cámara acorazada.

Extrajo de la bola un extraño artefacto. De él arrancó dos discos que, como ventosas, acopló sobre la cámara acorazada.

Retrocedió.

Al igual que Kyra Carlis y James Hershey.

Scott Groom manipuló en los diferentes mandos del Traslator-Emisor.

Dos zigzagueantes rayos de luz opalescente salieron del aparato para relampaguear sobre los discos acoplados a la cámara acorazada.

Fue cuestión de segundos.

La cámara acorazada se volatizó.

Desapareció por completo.

La encontrarían en el sótano del *bungalow* 1.832, de Schon Boulevard.

CAPITULO IX

El inspector Alexander Quiney, del Federal Bureau of Investigation, se pasó el dorso de la mano por la frente. Borró parte de las diminutas gotas de sudor acumuladas en su rostro.

—Esa es la versión oficial de los hechos, señores. Nada más puedo añadir, por el momento.

En uno de los despachos de la Banking House Knox, Co. se había improvisado aquella rueda de Prensa. Más de una veintena de periodistas y fotógrafos se apiñaban alrededor del inspector del FBI.

—¿Quiere hacernos creer que ninguno de los empleados o clientes vio nada sospechoso? —inquirió el corresponsal del *Washington Post* en Dallas—. ¿Nada anormal?

Alexander Quiney tragó saliva.

—Eso es. No hay ninguna declaración. En todas las secciones, a excepción de la subterránea, ni tan siquiera se percataron de lo ocurrido. El personal que se encontraba en la cámara acorazada no puede dar explicación alguna. Se apercibieron bruscamente de que la cámara había desaparecido ante sus propias narices. No recuerdan nada. Estaban trabajando normalmente cuando, de pronto, vieron que la cámara había desaparecido.

—¿Por qué no funcionaron los sistemas de seguridad? ¿Cómo fueron alterados?

—Ya lo he dicho anteriormente. El mismo equipo técnico que los instaló los ha comprobado. No han sufrido alteración alguna. Cuando se descubrió la sorprendente desaparición, estaban funcionando a la perfección. No se explica lo ocurrido.

—¿Cuánto se han llevado? —preguntó Eleanor Shaw, de la Dea Press International.

—La dirección de la Banking House Knox aún no ha comprobado ese punto.

El corresponsal del *Washington Post* volvió a intervenir :

—Algunos empleados del Banco parecen haber sufrido una

especie de... amnesia. No recuerdan nada de lo ocurrido en un intervalo de tiempo aproximado a los cinco minutos. ¿Qué dice a eso, inspector?

—Sin comentarios.

—¿Se puede narcotizar a todo el personal de la Banking House Knox, incluidos los clientes? —insistió el corresponsal—. Eso explicaría el que nadie viera nada. ¿Cómo lo lograron?

—No más preguntas.

—Oiga, inspector...

—¡No más preguntas! —Alexander Quiney se abrió paso, con brusquedad, hasta alcanzar la puerta.

Los periodistas también iniciaron una desbandada general. Algunos diarios tenían proyectado lanzar ediciones especiales, con tan sensacional e increíble robo.

—Vámonos, Alan...Brown, en un apartado rincón de la sala, había presenciado la rueda de Prensa; pero sin intervenir en ella.

—Ahora sí tomarás un taxi, Eleanor. Tengo que hacer algunas cosas, por esta zona.

La muchacha entreabrió sus gordezuelos labios para protestar, pero desistió dé ello. No podía perder tiempo en convencer a Brown. En la Dea Press International esperaban el texto íntegro de la declaración del inspector Quiney.

Alan Brown quedó solo.

Con lentos ademanes, encendió un cigarrillo.

Pensativo.

Un agente uniformado se aproximó para indicarle que debía abandonar la sala.

Alan Brown obedeció, pero no se encaminó hacia la puerta de salida. Fue hacia el lugar donde el inspector Quiney se hallaba dando órdenes a dos de sus hombres.

—Hola, Alex...

Quiney giró.

La dura expresión de su rostro se suavizó un poco.

—¿Qué haces aquí, Alan? ¿Desde cuándo te interesa este tipo de noticias? Lo tuyo es la política, ¿no?

Alan Brown sonrió.

—En efecto, Alex. Tranquilo. Llegué acompañando a un colega. Interesante caso.

—Sí, maldita sea... ¡y precisamente en vísperas de la visita del presidente Kennedy!

—Lo solucionarás, Alex. Ya tienes una buena pista.

El inspector del FBI entornó los ojos.

—¿De veras?

—Me refiero a esa amnesia...

—Ah, sí... es un importante detalle. Les adormecieron, Alan. A todos. Ignoro cómo diablos lo lograron, pero así fue.

—¿Un gas?

—Es posible. Estamos investigando. Lo cierto es que, durante unos cinco minutos, permanecieron inconscientes todos cuantos se encontraban aquí. No recuerdan nada anormal. Uno de los apoderados de la tercera planta, puntualmente, dedica cinco minutos a preparar su maletín. Empieza siempre a las tres quince. A las tres y veinte minutos desciende en el elevador. Así, todos los días. Matemáticamente. Hoy también empezó a las tres quince. Lo comprobó. Pues bien, Alan. Cuando se introdujo en el ascensor, consultó maquinalmente el reloj. Eran las tres y veinticinco minutos. Un empleado entrega todos los días un paquete de acciones en la sección de Bolsa. Debe entregarlas al jefe de departamento a las tres y quince. Se detuvo frente al despacho a las tres catorce. Conocedor de la extremada exactitud requerida por su superior, esperó a que transcurriera el minuto. Solicitó entrar. Y el jefe le reprendió por presentarse a las tres veinte. Con cinco minutos de retraso. Hay cuatro o cinco casos más. De individuos que realizan un determinado trabajo entré las tres quince y tres treinta. Todos ignoran cómo se retrasaron en su trabajo. Es un tiempo muerto.

Brown succionó el cigarrillo.

Fijando su mirada en el inspector del FBI.

—¿Existe ese tipo de gas, Alex? Capaz de adormecer, y que luego no recuerden absolutamente nada.

Quiney se encogió cansinamente de hombros.

—Si sólo fuera eso lo sorprendente del caso... ¿Qué me dices de la cámara acorazada que se desvanece en el aire? ¡Ante los más modernos sistemas de seguridad, que no detectan nada anormal!... Es para enloquecer. Discúlpame, Alan. Mis muchachos están por ahí, dando golpes de ciego. Tenemos mucho trabajo.

—Alex...

—¿Sí?

Brown le había retenido por el brazo.

—¿Quién se ocupa de la seguridad del presidente Kennedy, en su visita a Dallas?

El inspector Quiney parpadeó.

Sorprendido por la pregunta.

—Demasiado lo sabes, Alan. Nosotros. El Federal Bureau of Investigation. El presidente llega con su escolta personal, que será acentuada por todos los medios a nuestro alcance. ¿Por qué tan absurda pregunta?

Alan Brown dudó.

A su mente acudió un nombre.

«Oswald.»

—Nada... Olvídalo.

Alan Brown se dirigió hacia la salida, seguido de la perpleja mirada del inspector.

Había estacionado el «Buick» a poca distancia. En el cruce de Central Wall con Sahron Street

Antes de acomodarse frente al volante, adquirió algunos de los vespertinos que habían alcanzado la noticia del robo, antes de cerrar máquinas. Tan sólo una breve mención al suceso, en la sección de «última hora». Prometían nuevas ediciones, ampliando datos.

Brown arrojó los periódicos sobre el asiento contiguo.

Fue entonces cuando se percató de uno de los titulares de la primera plana.

«Se teme que Donald Hawks, vicepresidente de la Wise Company, haya sido secuestrado.»

Alan Brown volvió a atrapar el diario.

Se narraba la carencia de noticias y preocupación de la poderosa Bertha Hawks, por la desaparición de su marido.

Brown palideció.

Había descubierto algo más.

Un pequeño recuadro en la primera plana.

Un anuncio.

«Aviso urgente a Kyra Carlis, James Hershey y Scott Groom. Tengo mensaje del doctor Bridges. Telefonear al WE-8165-08.»

Charles Wilcox había cumplido su amenaza.

Ponerse en contacto con los visitantes del futuro.

Alan Brown salió precipitadamente del auto, en busca de la cabina pública más cercana.

La encontró a pocas yardas.

Marcó nerviosamente el WE-8165-08.

Le llegó una voz entremezclada con música y bullicio.

—Aquí club Siroco...

Brown aprisionó con más fuerza el auricular.

Conocía aquel tugurio, próximo al domicilio de Charles Wilcox.

—Hay un anuncio en el periódico...

—Demasiado tarde, compañero, El interesado ya no está. Se largó hace unos quince minutos. Esperaba a unos amigos.

Alan Brown sintió que su frente se cubría de frío sudor. Su voz tembló, al preguntar:

—¿Dos hombres y una mujer?

—Correcto, compañero. Dos hombres y una mujer.

* * *

Scott Groom tendió el periódico sobre la mesa.

Kyra y Hershey lo contemplaron superficialmente.

—¿Le dan por secuestrado? —rió James Hershey—. Su mujer se ahorrará el rescate, pero el cuerpo de Donald Hawks jamás será encontrado.

Scott Groom, visiblemente excitado, señaló el recuadro inserto en el extremo inferior de la plana.

—Compré el diario para interesarme en lo que decían de Donald Hawks; pero ni tan siquiera llegué a terminar de leer el titular. Me sorprendió esto.

Él dedo índice de Groom quedó sobre el recuadro.

—No es posible —tartamudeó Hershey—. El doctor Bridges no puede...

—¡Por supuesto que no! —exclamó Kyra, incorporándose del sofá e iniciando cortos paseos por el salón—. Algo hemos hecho mal, muchachos. Algún fallo se ha cometido.

—Nuestros nombres, Kyra... figuran nuestros nombres y el del doctor Bridges... ¿Quién diablos puede saberlo?

—En la casa de Donald Hawks... tal vez alguien nos espió...

—Registramos la casa —recordó Groom—. No había nadie. Sólo Donald Hawks y la chica.

—Alguien más estaba allí.

—¡Imposible!

Kyra volvió a reclinarse en el sofá. Extendió su mano izquierda para apoderarse del teléfono.

—¿Qué vas a hacer, Kyra?

—Lo más sencillo para salir de dudas. Si alguien nos ha descubierto, es preciso eliminarle.

Kyra hizo girar el «dial», marcando el número.

—Club Siroco...

—Han insertado un anuncio en el periódico, que nos interesa.

—Un momento...

Kyra quedó a la espera.

Su bello rostro, impasible. Sin delatar la preocupación que Se reflejaba en los de Groom y Herhsey.

La espera fue breve.

La voz que sonó ahora a través del micro era más ronca e insegura.

—¿Con quién hablo?

Kyra rió en sonora carcajada.

—¿No lo sabes? Tú has puesto el anuncio, ¿no?

—¿Kyra Carlis...?

—Eso es. Ahora, quiero saber quién eres tú y el... mensaje del doctor Bridges.

—Mi nombre es Charles Wilcox. Y quiero cinco millones de dólares por las cintas.

—¿Cintas? ¿Qué cintas, amigo Charles?

—Estaban en la casa de Hawks. Grabándolo todo. Absolutamente todo. Desde vuestra llegada hasta el final de Donald Hawks.

Kyra sonrió, mirando a sus dos compañeros.

Tranquilizándoles.

—Puedes hacer lo que quieras con esas cintas, Charles. Nadie te creería. Si te decides a mostrarlas por ahí, terminarás en un centro psiquiátrico.

—Antes tal vez sí, pero después del robo en la Banking House Knox las cintas resultan más verosímiles.

—¿Quién más ha escuchado las cintas, Charles?

—Nadie.

—Correcto, Charles. Cinco millones de dólares son una cantidad insignificante para nosotros. ¿Dónde nos reunimos?

—Estaré esperando aquí. En el club Siroco. 926 de Marx Street. Lleven consigo el dinero. Me encontrarán en la primera mesa de la entrada.

Charles Wilcox cortó la comunicación.

La mujer sonrió al depositar el micro.

—Pobre iluso...

—¿De qué se trata, Kyra? —inquirió Scott Groom.

—Un vulgar chantajista. Unas cintas registraron todo lo ocurrido en la casa de Donald Hawks. Quiere cinco millones por la grabación, pero apuesto que se conformará con una descarga de «Karlx».

CAPITULO X

Sí.

El club Siroco era un tugurio,

Incluso apestaba. El barato perfume femenino se entremezclaba con el sudor y el tabaco con nauseabundo resultado. La clientela era numerosa. De lo más selecto.

El local estaba ahora en penumbras. Terminaba el, primer pase de atracciones. En pista una mulata. Con una danza que entusiasmaba a los parroquianos. Sus movimientos eran los de una gata. Lentos, cadenciosos, enervantes... Su atuendo, dos diminutas piezas, ofrecían poco a la imaginación.

La mulata se retiró entre el rugir del respetable. Se volvió a la iluminación habitual de la sala. Las parejas saltaron a la pista y la barra reanudó su actividad.

—Hola, Charles.

Charles Wilcox, pese a estar pendiente de la puerta de entrada, no les vio aparecer.

Estaban allí.

Frente a él.

Junto a la mesa que, por estar muy distante de la pista, permanecía ajena al bullicio general.

Le había saludado la mujer.

Kyra Carlis... y sus dos acompañantes.

—Podemos sentarnos, ¿verdad? Yo soy Scott Groom.

Se acomodaron alrededor dé la mesa.

La mujer se sentó junto a Wilcox.

Muy cerca.

Pudo percibir la proximidad del cuerpo femenino, pero Wilcox no experimentó placer; sino un escalofrío.

Se aproximó uno de los empleados del local.

James Hershey solicitó una botella de «Johnnie Walker» y tres vasos.

Charles Wilcox aún tenía medio whisky en su vaso.

—¿Dónde está, el dinero? —preguntó Wilcox dominando sus nervios.

—En el auto. Ahí fuera —dijo Kyra Carlis—. ¿Y las cintas? Queremos oírlas, Charles. Tal vez no sean tan comprometedoras.

Wilcox forzó una sonrisa.

—Se grabaron vuestras conversaciones en la cocina y el salón. No es necesario oírlas. El hecho de que esté al corriente de todo demuestra que no miento.

—¿No nos tienes miedo, Charles?

Wilcox tragó saliva.

Vació de un solo trago el whisky.

—No soy enemigo vuestro... no he acudido a la policía ni aun después del robo en la Banking House Knox. Ahora me prestarían atención, pero no lo he hecho. Sólo me interesa el dinero. Mi vida ha sido un continuo fracaso, mendigando de un lado a otro, entre burlas y compasión. Con esos cinco millones me largaré de aquí. Me olvidaré de todo... jamás diré nada a nadie...

—Correcto, Charles. ¿Dónde están las cintas?

—Primero el dinero.

—¿Cerramos el trato aquí? No me parece el lugar apropiado, Charles. Supongo que desearás comprobar el maletín.

—Sí... Salgamos.

James Hershey arrojó unos billetes sobre la mesa. Abandonaron el local. El «Pontiac» estaba a pocas yardas. Scott Groom abrió la portezuela trasera. En el asiento se veía un negro maletín.

—Ahí lo tienes; Charles. Cinco millones de dólares... Wilcox se precipitó en el interior del vehículo, manipulando en la llave que abría el maletín.

Sí.

Allí, cuidadosamente ordenaron infinidad de fajos de billetes.

—Las cintas, Charles.

—Están en mi casa. A dos manzanas de aquí.

—¿Cómo vamos a hacer el cambio?

—Frente a la puerta de mi casa espera un taxi. El conductor es amigo mío. Por supuesto, no sabe nada del asunto. Le entregaré el maletín y lo llevará a cierta agencia de depósitos. Mientras tanto yo entrego las cintas.

—Tú no confías en nosotros… ¿por qué fiarnos de ti? No me parece justo.

—Respondo con mi vida la entrega de las cintas. ¿Acaso no es suficiente?

Kyra sonrió.

—Tienes razón, Charles. En marcha. Wilcox se apoderó del maletín tras cerrarlo cuidadosamente. Cruzó la calzada junto con la mujer. Un poco más distanciados caminaban James Hershey y Scott Groom.

Llegaron ante un edificio de gris fachada.

Un taxi estaba aparcado frente a la entrada.

Charles Wilcox, sin mediar palabra con el conductor, introdujo el maletín por la ventanilla delantera.

El vehículo inició la marcha.

Charles Wilcox sonrió.

Ya más seguro.

Hizo una seña a sus acompañantes para que penetraran en el edificio.

No había ascensor.

La escalera era lúgubre. Sombría. Despidiendo un fuerte hedor a humedad. En cada rellano se amontonaban bolsas de basura.

—No vives en un palacio —comentó Groom burlonamente—.

Tampoco el barrio parece de los más alegres.

Wilcox no respondió.

Llegaron a la quinta y última planta.

Charles Wilcox extrajo un llavero procediendo a abrir la puerta de entrada a su apartamento.

Accionó la luz del reducido *living*.

Desde allí se pasaba directamente al salón-comedor.

Wilcox acudió a uno de los muebles. Del primer cajón sacó las dos cintas magnetofónicas.

—Tengo un magnetófono en el dormitorio. Si quieren comprobarlas...

—Tú nos dirás la verdad —sonrió Kyra, dejándose caer en un viejo sofá—. Adelante, muchachos...

Hershey y Groom estaban esperando la orden.

Reaccionaron al unísono.

Scott Groom, con el filo de su mano, derecha, propinó un seco golpe en el costado izquierdo de Charles Wilcox. Este quedó lívido. Con la boca entreabierta y los ojos desorbitados.

James Hershey le había clavado un diminuto aguijón tras la oreja izquierda.

—Dejadlo en el sofá —indicó Kyra, incorporándose.

Charles Wilcox no había perdido el sentido, aunque parecía incapaz de moverse.

La mujer apoyó sus redondeadas caderas sobre la mesa. Del frutero atrapó una manzana que mordisqueó placenteramente.

Los ojos de Wilcox fueron cerrándose poco a poco.

—Ya puedes empezar, Kyra —dijo Groom.

Kyra había arrojado la manzana apoderándose de un cuchillo de corta y ancha hoja, encontrado en el frutero. Se acomodó en el borde del sofá.

—Escucha con atención, Charles... Vas a responder a mis

preguntas. Tu amigo el taxista… ¿sabe algo de nosotros?

—No.

—Perfecto. ¿Dónde llevó el dinero?

—A uno de los armarios metálicos de la Garden Station. Lleva un duplicado de la llave. Yo tengo el original. Mi amigo depositará el maletín y la llave en el interior. El armario es el número 133.

—El 133 de la Garden Station. Gracias, Charles. Ya recuperaremos nosotros los cinco millones de dólares. En cuanto a las cintas magnetofónicas… ¿cuántas nos comprometen?

—Dos.

La voz de Wilcox, pese a su aparente estado de inconsciencia, sonaba firme.

—¿Las que nos has entregado?

—Sí.

—¿Existe alguna otra prueba contra nosotros, Charles?

—No.

Las respuestas de Wilcox eran rápidas.

Kyra Carlis sonrió acariciando la afilada hoja del cuchillo.

—Bien, Charles… Creo que eso es todo cuanto queríamos saber. Sólo tú has escuchado las cintas, ¿verdad?

—Se las mostré a Alan Brown.

La sonrisa se borró bruscamente del rostro de Kyra. Sus ojos relampaguearon con siniestro brillo.

—¿Quién es ese Alan Brown?

—Un periodista de la Dea Press International. Escuchó las cintas. Quise que me ayudara a venderlas. Se negó. No dio crédito al contenido de la grabación.

—¿Dónde vive Alan Brown?

—En el 1.073 de Collins Road.

—¡Al infierno contigo, Charles! —exclamó Kyra con las facciones

desencajadas en cruel mueca.

Alzó el cuchillo para acto seguido bajar la hoja violentamente sobre el pecho de Wilcox. Una y otra vez. Perforando su cuerpo. La sangre que brotaba, acentuaba la ferocidad de la mujer.

Cuando se detuvo, jadeante, el pecho de Charles Wilcox era una deforme masa rojiza.

De pronto sonaron unos golpes en la puerta de entrada al apartamento.

Llegó una potente voz:

—¡Charles!... ¡Charles!.... ¡Abre!... ¡Soy Alan Brown!

Kyra, Hershey y Groom intercambiaron una rápida mirada.

La mujer sonrió.

—Los espíritus del Mal están con nosotros, compañeros... Ya no es necesario ir en busca de Alan Brown. El mismo ha acudido en busca de la muerte.

* * *

Alan Brown quedó inmóvil bajo el umbral.

Perplejo.

—¿Qué te ocurre, querido? —sonrió Kyra—. Adelante. ¿No querías entrar?

James Hershey empuñaba un extraño artefacto. Una especie de pistola con cañón formado por metálicos círculos acoplados y envueltos por un fino alambre espiral. No parecía tener culata. La mano se amoldaba desde principio a fin del arma.

Hershey empujó al periodista sin dejar de encañonarle.

La palidez de Brown se acentuó al descubrir el ensangrentado cuerpo de Charles Wilcox.

—Santo Dios...

—Nuestro amigo se horroriza ante la sangre, James. Ahorremos

tan desagradable visión. Así podremos platicar más confortablemente.

Hershey accionó el disparador.

El cuerpo de Charles Wilcox, bañado por un rayo de luz opalescente, se esfumó al instante.

Ante los estupefactos e incrédulos ojos de Alan Brown.

—Era… era cierto…

—Sí, Alan. Todo lo grabado en las cintas es real.

Antes de acabar contigo nos dirás lo que en verdad sabes y si lo has comunicado a alguien más.

James Hershey estaba manipulando en la automática «Karlx» de rayos desintegradores para reducir su potencia. Disparó de nuevo. De las dos cintas depositadas sobre la mesa sólo quedó la huella marcada en el polvo que se acumulaba por todos los rincones de la casa.

Tal vez fue el terror lo que hizo reaccionar a Alan Brown.

Se abalanzó sobre James Hershey atenazando su brazo armado. Pugnando por arrebatarle la destructora arma.

Los dos hombres cayeron aparatosamente.

Scott Groom había sacado de una funda sobaquera su «Karlx».

—¡Lo quiero vivo, Scott! —gritó Kyra—. Tenemos que interrogarle…

Un alarido de dolor brotó de Alan Brown. Había recibido un extraño golpe en el costado izquierdo. Sintió como un latigazo eléctrico por todo el cuerpo.

James Hershey se incorporó.

No había soltado la «Karlx».

—El muy… ¡Alerta!

El súbito grito de James Hershey sobresaltó a sus dos compañeros. Giraron para descubrir la causa de su alarma.

Junto al abierto ventanal del salón estaba la muchacha.

Enfundada en un negro traje de una sola pieza. La hebilla del ancho cinturón era una pequeña caja iridiscente. De allí nacía una roja

luz relampagueante en cortas intermitencias. Su diestra portaba un arma semejante a la de Hershey.

Fue Scott Groom, gritando como un poseso, quien accionó una y otra vez el disparador de su «Karlx».

Kyra Carlis y James Hershey corrieron hacia la salida.

Conscientes de que nada lograrían.

Así fue.

La «Karlx» de Scott Groom no pareció funcionar.

El arma empuñada por la muchacha de negro sí vomitó el rayo destructor.

Groom quedó convertido en cenizas.

La joven depositó su «Karlx» en una funda que pendía del ancho cinturón.

Sé aproximó a Alan Brown.

—¿Se encuentra bien?

—¿Quién… quién eres?

La muchacha sonrió.

—Mi nombre es Dalis. Procedo del año 2063.

CAPITULO XI

Estaban en el auto de Alan Brown. Este aún permanecía aturdido por los vertiginosos e increíbles acontecimientos.

La muchacha le sonrió cordial.

—En marcha, Alan. Hacia Schon Boulevard. Procura evitar las calles céntricas o muy iluminadas. Pueden detenerme por atentar a la moral.

Brown no accionó la llave de contacto.

Habían abandonado precipitadamente el apartamento de Charles Wilcox. Sin que la misteriosa joven quisiera darle más explicaciones. Ahora estaba allí. Junto a él.

Sí.

Podían detenerla por atentar a la moral.

Su vestimenta era como un traje-guante. Extremadamente ceñido. Ajustado a su cuerpo como una fina media. Delatando hasta el más mínimo pliegue de su piel. Era un tejido negro. Brillante. Traslúcido.

Brown le calculó unos veinticinco años de edad.

La esbeltez de su cuerpo así parecía indicarlo. La silueta, juvenil, cintura cimbreante, caderas armoniosamente a juego con los largos y mórbidos muslos... El corto pelo resaltaba la serena belleza de su rostro ovalado.

Turbando la belleza de aquel tentador cuerpo, estaba el ancho cinturón. Con aquella caja iridiscente a modo de hebilla. Llevaba dos más, cilíndricas, a los costados. Y una cuarta a la espalda.

Como si fueran cartucheras.

—Alan, por favor... Pon en marcha el vehículo.

—Necesito saber...

—Sí, lo comprendo —interrumpió Dalis con una sonrisa—. Te daré toda clase de explicaciones. Ahora enfila hacia Schon Boulevard. ¿De acuerdo? Empieza tú por contarme tu encuentro con... Kyra, Hershey y Groom.

Alan Brown extrajo su cajetilla de tabaco. Ofreció un cigarrillo a Dalis que lo tomó con cierta curiosidad. Al chupar sobre la llama del encendedor, comenzó a toser, terminando por arrojar el emboquillado.

—¡Es… es tabaco!

Brown parpadeó.

—Sí, claro... De Virginia. ¿Qué otra cosa podía ser?

—Olvídalo. ¿Nos vamos?

Alan Brown, con su cigarrillo en los labios, asintió presionando el pedal del gas. Siguiendo las indicaciones de Dalis, realizó un corto rodeo para evitar las calles más concurridas; aunque, debido a lo avanzado de la noche, gran parte de la ciudad descansaba.

—Empieza, Alan. Por el principio. Sin omitir detalle alguno.

Brown obedeció.

No ocultó nada. Incluso narró minuciosamente el contenido de las dos destruidas cintas.

Dalis le escuchó en silencio.

Sin interrumpirle.

—Tu amigo Charles fue ambicioso, Alan. Y desgraciadamente, ha pagado por ello.

—¿Quiénes son? ¿Cómo es posible...?

—¿Llegar del año 2063? Sí es posible, Alan. Existe una máquina del tiempo. Una tecnología que hoy en 1963, ni tan siquiera se puede imaginar. Mi gobierno quiso realizar una investigación en el año 1963. Ya hemos efectuado otras incursiones al pasado. En esta ocasión hubo un grave error. Los tres seleccionados fueron aniquilados y tres... llamémosles delincuentes, ocuparon su lugar. Mi gobierno, consciente del peligro que ello representaba para los habitantes de 1963, estudió una solución. La más rápida y eficaz, tal como requería el caso, era enviar a alguien para eliminar a los suplantadores. Yo fui la elegida.

—Una muchacha...

Dalis sonrió.

—Soy miembro del servicio de seguridad del Estado desde hace varios años. Mi capacidad ha sido demostrada en muchos y peligrosos

casos.

—Una máquina del tiempo... ¿Dentro de cien años? Es increíble...

La joven acentuó la sonrisa en sus gordezuelos labios.

—¿Acaso en 1863, cuando unionistas y confederados combatían con rudimentarios rifles, se podía imaginar la bomba de Hiroshima? ¿La televisión en color? ¿Al astronauta Cooper en su vuelo orbital?... Todo eso aconteció a los cien años, Alan.

—Sí... tienes razón.

—Esos tres malvados, de haberles dado tiempo, hubieran causado gran daño. Era preciso destruirles. Nuestro fue el error y debíamos solucionarlo. No llegué a tiempo de evitar el robo en la Banking House Knox, pero también solucionaré eso.

—¿Cómo has dado con ellos?

—Afortunadamente llevaban consigo dos «Karlx». Armas desconocidas en el siglo XX. Al disparar sobre Charles Wilcox logré detectarlas. Este cinturón es un equipo traslator-portátil. Puede desplazarme de un lugar a otro del planeta en fracciones de segundo.

Brown sacudió la cabeza.

Todo aquello le parecía un sueño.

—Uno de ellos disparó sobre ti su arma...

Dalis acarició la iridiscente caja del mágico cinturón.

—Neutralicé su arma, Alan. Fue un estúpido al disparar. Kyra Carlis y James Hershey no lo intentaron. Sabían que era inútil.

—Y lograron escapar.

—Hacia la muerte, Alan. ¿Por qué crees que no me molesté en perseguirles? Al... aterrizar en el año 1963, lo primero fue accionar mi hiperdetector. De inmediato señaló un determinado punto. Lo programé en el traslator portátil. Resultó ser un *bungalow* de Schon Boulevard. El 1832. En el sótano estaban todas las armas y artefactos destructores que Kyra, Groom y Hershey llevaron consigo. Todo ha sido desintegrado, Alan. He borrado todo rastro de tan peligrosas armas y medicamentos capaces de alterar el metabolismo. Iba a esperarles allí, pero entonces el hiperdetector registró el disparo de la «Karlx» en el apartamento de tu amigo. Llegué a tiempo de salvarte.

Me alegro de ello.

—Pero... ¿Y Kyra y ese James Hershey?

—Ahora ya estarán muertos, Alan. Desintegrados. Instalé una trampa en el sótano. Kyra y James fueron, sin duda, en busca de armas adecuadas para combatirme. Comprendieron quién era yo. Fue una suerte que no llevaran consigo más que vulgares «Karlx». Aquí no necesitaban más. Una simple desintegradora les convertía en invencibles.

El «Buick» ya circulaba por Schon Boulevard.

La longitudinal avenida, aunque bien iluminada, aparecía solitaria.

Alan Brown se introdujo en el jardín correspondiente al *bungalow* 1832. Enfiló directamente hacia la casa. Ignorando el garaje.

Descendieron del vehículo.

La puerta de entrada estaba entreabierta y el *living* iluminado.

Penetraron en la casa.

—Sígueme, Alan. No hay nada que temer.

Dalis avanzó hacia el final del corredor. Allí estaba la puerta que conducía al sótano. Bajaron la escalera.

Una segunda puerta también abierta.

Alan Brown no pudo reprimir una exclamación de asombro.

Allí estaba la cámara acorazada de la Banking House Knox. La gigantesca caja de caudales herméticamente cerrada.

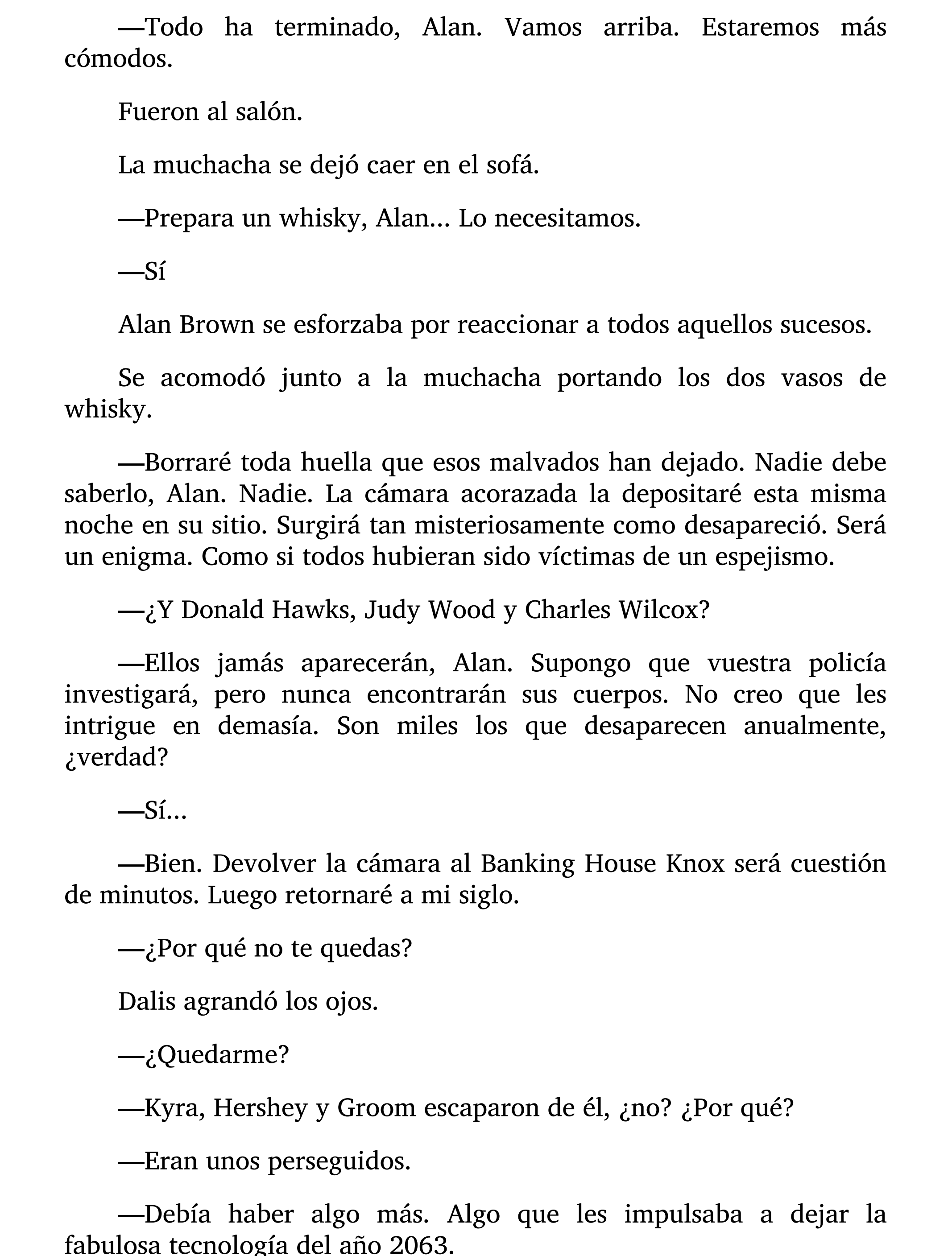
Dalis manipuló en una pequeña caja.

—Esto es un microvisor, Alan. Ampliaré la imagen... Establecí una especie de circuito de televisión para comprobar la eficacia de mi trampa. Mira... ahora llegan Kyra y James. Cuando crucen la puerta...

Brown contempló como hipnotizado la diminuta pantalla.

Allí se veía a Kyra Carlis y James Hershey bajar precipitadamente la escalera que conducía al sótano. Al pasar bajo el umbral...

Dalis desconectó el aparato.



—Todo ha terminado, Alan. Vamos arriba. Estaremos más cómodos.

Fueron al salón.

La muchacha se dejó caer en el sofá.

—Prepara un whisky, Alan... Lo necesitamos.

—Sí

Alan Brown se esforzaba por reaccionar a todos aquellos sucesos.

Se acomodó junto a la muchacha portando los dos vasos de whisky.

—Borraré toda huella que esos malvados han dejado. Nadie debe saberlo, Alan. Nadie. La cámara acorazada la depositaré esta misma noche en su sitio. Surgirá tan misteriosamente como desapareció. Será un enigma. Como si todos hubieran sido víctimas de un espejismo.

—¿Y Donald Hawks, Judy Wood y Charles Wilcox?

—Ellos jamás aparecerán, Alan. Supongo que vuestra policía investigará, pero nunca encontrarán sus cuerpos. No creo que les intrigue en demasía. Son miles los que desaparecen anualmente, ¿verdad?

—Sí...

—Bien. Devolver la cámara al Banking House Knox será cuestión de minutos. Luego retornaré a mi siglo.

—¿Por qué no te quedas?

Dalis agrandó los ojos.

—¿Quedarme?

—Kyra, Hershey y Groom escaparon de él, ¿no? ¿Por qué?

—Eran unos perseguidos.

—Debía haber algo más. Algo que les impulsaba a dejar la fabulosa tecnología del año 2063.

—Eran seres marginados, Alan. Nuestra sociedad es perfecta. No padecemos enfermedades, ni hambre, ni guerras... Todo está controlado.

Dalis bebió a pequeños sorbos.

Humedeciendo sus carnosos labios.

Alan Brown contempló una vez más la perfección de su cuerpo que el extraño vestido negro permitía admirar.

Instintivamente, sin pensar, formuló la pregunta.

—¿Puedo besarte, Dalis?

No esperó conformidad.

Entrelazó la cintura femenina buscando aquellos tentadores labios que se entreabrieron para recibirle. La abrazó con fuerza. Con una mezcla de pasión y temor. Dalis, pese a no rechazar el beso, tampoco le correspondía.

Se separaron.

La joven sonrió.

—Eres muy atractivo, Alan. Lamento sinceramente haber llegado con sobredosis de «Antisex-o12».

—No te comprendo...

—Tampoco lo entenderías. ¿Ya has terminado tu whisky?

—Sí... ¿Vamos a alguna parte?

—Yo tengo trabajo, pero tú te quedas aquí.

—Dalis... ¿qué quería investigar tu gobierno en el año 1963?

—El asesinato de vuestro Presidente.

—Entonces... ¡es cierto! ¡Debo impedirlo, Dalis! ¡Tengo que hacer algo! La visita de Kennedy es el día 22... dentro de dos días...

—Nada puedes hacer, Alan. Yo regreso al año 2063.

Mi gobierno ha olvidado esa investigación. Queríamos saber quién ordenó matar a Kennedy. Si Oswald fue sólo el autor de los disparos...

—¡Santo Dios!... Tengo que...

—No, Alan. No harás nada. ¿Recuerdas mis palabras? Nadie debe saber lo ocurrido... Nadie... Tú tampoco, Alan. Esas son las órdenes

recibidas por mis superiores. En este momento, aunque quieras incorporarte,, no lo lograrías. ¿Quieres intentarlo?

Brown quiso levantarse.

Alargar sus manos hacia Dalis.

No lo consiguió.

Estaba como paralizado.

—No te inquietes, Alan. La droga que contenía el whisky es inofensiva. Dentro de unos minutos también tu mente estará paralizada y ni tan siquiera podrás hablar.

—¿Por qué haces esto?

—Por tu bien, Alan. De tu mente se borrará todo lo ocurrido. No recordarás absolutamente nada. Volverás al punto de partida.

—No... Debo prevenir al presidente... Tú... quédate... puedes ayudarnos, Dalis... Tus conocimientos...

—Oh, no, Alan... Eso no sería ayuda. Mis conocimientos... ¿Os ayudaría el conocer la epidemia que asolará la tierra en 1987, diezmando su población? ¿O saber el cataclismo apocalíptico del año 2001, provocado por el deslizamiento de los polos, merced a la gran masa de hielo acumulado en el Ártico? En el año 2001, las aguas de los grandes lagos desembocarán en el golfo de México, en lugar de hacerlo en el Atlántico, se desgarrará América del Sur, Japón será engullido por el mar... ¿Queréis conocer todo eso, Alan?

Brown iba a responder, pero ya no pudo despegar los labios.

La imagen de Dalis se tornó borrosa.

Sólo le llegó su voz.

Lejana.

Muy lejana...

—Te acaban de despedir de la Dea Press International, Alan. Por culpa de Judith... y del recepcionista de tu edificio. Encuentras a tu compañera Eleanor y la llevas a investigar ese fabuloso robo de la Banking House Knox. Luego, despedido de tu trabajo, decides tomarte el día libre. Lo pasas en Freeman Lake. Ahora te explicaré, con todo detalle, tu excursión a tan maravilloso lugar. Te contaré, minuto a minuto, lo que has hecho... El día lo terminarás en tu apartamento de

Collins Road. Y mañana, al despertar…

FINAL

Alan Brown acudió a abrir la puerta del apartamento.

Su visitante era Eleanor.

No se sorprendió.

—Buenos días, nena. Llegas a tiempo para almorzar conmigo.

La muchacha penetró en el apartamento sin ocultar un gracioso mohín de disgusto.

—¿Qué has hecho toda la mañana, Alan? ¿Dormir?

—Ajá. ¿Qué otra cosa? Estoy sin trabajo.

—¿Y ayer? ¡Oh, Alan!... El jefe trató de localizarte. En tu apartamento, en el club de tenis, en el gimnasio...

—Me largué a Freeman Lake.

Eleanor parpadeó.

—¿A Freeman Lake?

Brown sonrió, dejándose caer en el sofá del salón. Sobre la mesa, un cigarrillo a medio consumir y un vaso de whisky acompañado de la botella de «Johnny Walker».

—Correcto. Aproveché el despido para tomarme un merecido descanso. El primero en muchos años. ¡En contacto con la Naturaleza!

—¿Esa... naturaleza se llamaba Judith? Me contaron lo del hotel y...

—¿Estás celosa?

Eleanor enrojeció.

—¡Eres un...!

Alan Brown no la dejó continuar. Atrapándola por la muñeca izquierda, tiró de la joven recibiéndola en sus brazos.

Unieron sus labios.

—Alan... ayer esperé tu llamada. Quedamos en cenar juntos.

—Te hacía muy ocupada en el caso de la Banking House Knox —murmuró Brown deslizando sus labios por el cuello femenino.

—Ya se ha solucionado.

Brown arqueó las cejas.

—Solucionado.

—Bueno…, parte. Esta mañana se descubrió la cámara acorazada en su lugar habitual. Como si no hubiera desaparecido.

—¡Diablos!

—El FBI está investigando entre los más afamados ilusionistas del país.

—¿Insinúas que fue un truco?

—Es la versión del FBI. Hipnotismo masivo, una ilusión óptica… Lo único cierto es que la cámara no salió de allí. Es imposible. Se limitaron a robar cinco millones de dólares. Esa es la cantidad desaparecida.

—Difícil caso para el inspector Quiney.

—Cierto, aunque se libra del supuesto secuestro de Donald Hawks. Se creyó eso en un principio; pero no se ha solicitado rescate alguno. Hay otra hipótesis. Una empleada de la Wise Company, una tal Judy Wood, también ha desaparecido. Apuesto a que los dos están ahora en Miami Beach.

—Un bonito lugar para la luna de miel.

—¡Oh, Alan!… ¡Acepto!

—¿El qué?

—¡Tu propuesta de matrimonio!

—Oye, Eleanor… yo no…

Fue Eleanor la que ahora le interrumpió con un cálido y apasionado beso. Permanecieron entrelazados. Largamente.

Alan Brown buscó una última tabla de salvación:

—Eleanor… no tengo trabajo y…

—No digas tonterías —rió la muchacha, sin soltar el cuello de

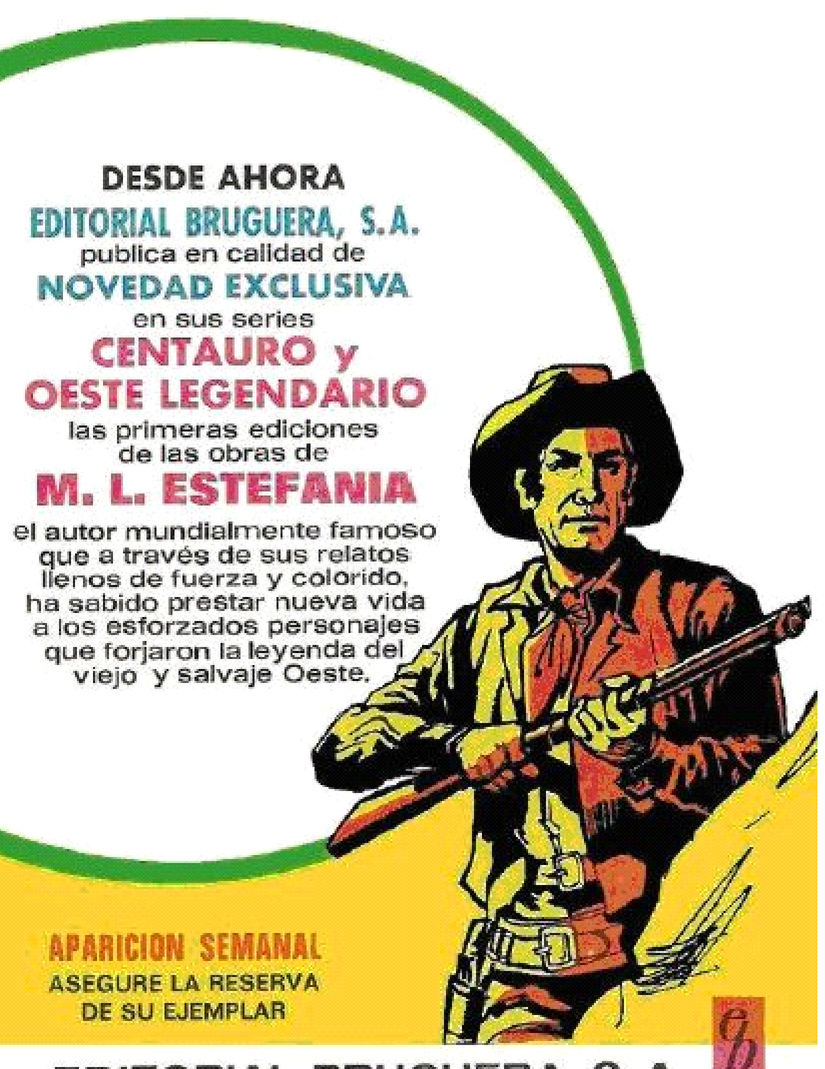
Brown—. ¿Por qué crees que el jefe te buscaba ayer desesperadamente? Ni por un momento pasó por su imaginación el despedir al mejor periodista de la Dea Press International. Y menos la víspera de la visita del presidente Kennedy a Dallas. Tú harás el reportaje y comentarios.

Alan Brown asintió.

Con nulo entusiasmo.

—¿Reportaje? Puedo escribirlo sin, salir del apartamento. Una visita rutinaria. El presidente Kennedy y el gobernador de Texas, Connally, intercambiando saludos y sonrisas por las calles de Dallas. ¿Qué otra cosa puede ocurrir?

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.